

Los últimos años de Pedro Sarmiento de Gamboa

José Miguel Barros Franco

En su excelente obra sobre el descubrimiento de América por los europeos, el eminente historiador estadounidense Samuel Eliot Morison expresaba, en 1974:

«Existe cierto misterio acerca del fin de Sarmiento. De acuerdo con una versión, fue a las Filipinas, dirigió un infructuoso intento de capturar Tidor y todavía vivía en Manila en 1608. Según otra, zarpó hacia las Indias como segundo Jefe, bajo cierto Apallúa, en una flota que se perdió en el mar en 1592. Y según una tercera, falleció ya anciano en Sevilla, entre sus amigos. Esperamos que esta última versión sea la correcta»¹.

Como se verá, Morison no llegó a conocer la verdad sobre los últimos días de Sarmiento, ya que ninguna de las versiones que menciona corresponde a los hechos: ni vivió en Manila, ni naufragó en el mar, ni murió en Sevilla².

¹ Samuel Eliot Morison. *The European Discovery of America: The Southern voyages A.D. 1482-1616*. (Oxford University Press, New York, 1974), pág. 706.

² Citamos a Morison, a guisa de introducción al tema, por tratarse de una obra reciente y extraordinariamente documentada; pero la información errónea sobre la vida de Sarmiento y las circunstancias de su muerte aparece en innumerables publicaciones. Mencionaremos algunas: a) el *Grand Larousse Encyclopédique* (ed. 1964) yerra y se contradice, puesto que junto con afirmar que Sarmiento falleció «en las regiones australes de América del Sur, alrededor de 1590», sostiene que el navegante «murió cautivo de los ingleses». b) la *Enciclopedia Americana* (Nueva York) vol. 24, pág. 305, expresa que Sarmiento murió en España y que dejó América en 1584, habiéndolo tenido prisionero los ingleses hasta 1588. Estas tres afirmaciones son erróneas. c) Medina en su *Diccionario Biográfico Colonial de Chile* (Santiago de Chile, Imprenta Elzeviriana, 1906), al referirse a Pedro Sarmiento de Gamboa transcribe extensamente entre comillas, sin señalar su origen, el artículo que dedicó a dicho navegante D. Martín Fernández de Navarrete en su *Biblioteca Marítima Española* (Madrid, Imprenta de la viuda de Calero, 1851), pero expresa que «consta que (Sarmiento) pasó a Filipinas con Legazpi y que en real cédula le recomendaba al Rey por haber servido durante dieciséis años con sus armas, caballos y criados a su costa, hallándose en la población de Manila y contra el corsario Limahón». Medina ha confundido, así, al igual que otros, a dos personajes que llevaban el mismo nombre. d) lo mismo puede decirse de C. Markham, quien en su *Narratives of the voyages of Pedro Sarmiento de Gamboa* (Londres, 1895), pág. XXVIII, afirma que Sarmiento parece haber viajado a las Islas Filipinas por la vía de México, aunque manifiesta no estar del todo convencido que este Pedro Sarmiento de Manila fuera «el gran navegante». e) En una edición de la *Historia de los Incas* de Sarmiento (Colección Hórreo, EMECE, Buenos Aires, 1942, se publica a manera de prólogo una *Noticia*, de buen estilo, llena de afirmaciones sin base documental. Entre éstas está la de que Sarmiento «va por los senderos reales a morir a su pueblo». Otras ediciones de la misma obra, publicadas asimismo por EMECE entre 1942 y 1947, llevan una excelente *nota preliminar* de Angel Rosenblat que, en más de un punto, nos ha sido de gran utilidad en nuestras investigaciones; pero allí también se da como última noticia sobre Sarmiento una carta suya de Bonanza, fechada a 24 de abril de 1592, siguiéndose en esto a Fernández de Navarrete.

Dedicado desde hace tiempo al estudio de la vida de este noble personaje español, estimo de interés dar a conocer el resultado de mis investigaciones por lo concerniente a los últimos años de su vida, período que, como se ve, ha quedado hasta ahora en una semipenumbra. Antes de revelar un material que en buena parte es desconocido, parece conveniente situar al personaje en su época y resumir, así sea brevemente, las principales etapas que recorrió antes de 1586, fecha en que deseamos iniciar una exposición más detallada.

na, 1906), al referirse a Pedro Sarmiento de Gamboa transcribe extensamente entre comillas, sin señalar su origen, el artículo que dedicó a dicho navegante D. Martín Fernández de Navarrete en su *Biblioteca Marítima Española* (Madrid, Imprenta de la viuda de Calero, 1851), pero expresa que «consta que (Sarmiento) pasó a Filipinas con Legazpi y que en real cédula le recomendaba al Rey por haber servido durante dieciséis años con sus armas, caballos y criados a su costa, hallándose en la población de Manila y contra el corsario Limahón». Medina ha confundido, así, al igual que otros, a dos personajes que llevaban el mismo nombre. d) lo mismo puede decirse de C. Markham, quien en su *Narratives of the voyages of Pedro Sarmiento de Gamboa* (Londres, 1895), pág. XXVIII, afirma que Sarmiento parece haber viajado a las Islas Filipinas por la vía de México, aunque manifiesta no estar del todo convencido que este Pedro Sarmiento de Manila fuera «el gran navegante». e) En una edición de la *Historia de los Incas* de Sarmiento (Colección Hórreo, EMECE, Buenos Aires, 1942, se publica a manera de prólogo una *Noticia*, de buen estilo, llena de afirmaciones sin base documental. Entre éstas está la de que Sarmiento «va por los senderos reales a morir a su pueblo». Otras ediciones de la misma obra, publicadas asimismo por EMECE entre 1942 y 1947, llevan una excelente *nota preliminar* de Angel Rosenblat que, en más de un punto, nos ha sido de gran utilidad en nuestras investigaciones; pero allí también se da como última noticia sobre Sarmiento una carta suya de Bonanza, fechada a 24 de abril de 1592, siguiéndose en esto a Fernández de Navarrete.

En realidad, no se requiere describir mayormente el monumental escenario en que se desarrolló su vida. Virtualmente, toda ella se sitúa en el reinado de Felipe II, dentro de esa magnífica floración hispana que sigue al descubrimiento de América. Cuando Sarmiento entra en escena están actuando los nietos de los descubridores.

Durante muchos años se creyó que Sarmineto había nacido en Galicia y, más precisamente, en Pontevedra. Solamente en el siglo pasado, se encontraron ciertos papeles de la Inquisición en los cuales, prestando declaración en 1564, aquel expresa que es *natural de Alcalá de Henares* e hijo de un Bartolomé Sarmiento, de Pontevedra, y de María Gamboa, de Bilbao. Por la forma en que allí se refería a sus progenitores, puede colegirse que, a esa fecha, ambos habían ya fallecido³.

³ José Toribio Medina. *Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en Chile* (publicada en Santiago en 1890; reimpresa por el Fondo Histórico y Bibliográfico J. T. Medina, en Santiago, en 1952, con prólogo de Aniceto Almeyda), Capítulo XIII: «...dijo que se llama Pedro Sarmiento y que es natural de Alcalá de Henares, y que su padre se llamó Bartolomé Sarmiento...».

Aunque no sea este el sitio adecuado para un estudio minucioso sobre el debatido tema de la cuna de Pedro Sarmiento, proporcionaremos algunos antecedentes principales.

Algunos contemporáneos del navegante y antiguas tradiciones gallegas sostienen que nació en Galicia (Cf. Bartolomé Leonardo de Argensola, quien lo califica como «caballero de Galicia»: *Conquista de las Islas Malucas*, Madrid, 1609, pág. 109).

Tal posición encuentra apoyo en un documento en el que se manifiesta que Sarmiento era «natural de la villa de Pontevedra en el Reyno de Galicia». Se trata de una relación sobre el viaje de Mendaña en busca de las islas Salomón, documento de fecha incierta pero no anterior a 1569, que se conserva en el Archivo de Indias (Patronato, legajo 18, n.º 10, ramo 8) y que primeramente publicó Amancio Landín Carrasco en su *Vida y Viajes de Pedro Sarmiento de Gamboa* (Madrid, 1946, págs. 215-233). El estilo de esa relación y una referencia marginal que se halla en su primera página parecen indicar que fue redactada por el propio Sarmiento; pero debe señalarse que esa página, que reproduce fotográficamente Landín Carrasco, no es de puño y letra del navegante.

Haremos abstracción de las dudas que suscita la expresión «natural de...»; pero cualquiera sea su alcance, en contradicción con este documento, se alzan dos que describen a Sarmiento como «natural de Alcalá de Henares».

El primero, el papel de Inquisición de 1564 que acabamos de mencionar, constituye una declaración personal de Sarmiento, prestada bajo juramento por éste, después de poner «la mano derecha sobre una cruz e un libro de los Santos Evangelios» y luego de prometer «decir verdad». Lleva la firma de Sarmiento junto con la del Arzobispo Fray Jerónimo de Loayza. (Medina, *op. cit.*, pág. 214). El segundo es el ítem N.º 1010 del legajo, que reproducimos más adelante en la nota (12).

Haciéndose cargo de esta contradicción, Landín Carrasco manifiesta que «es muy posible que su nacimiento haya ocurrido en la ciudad de Cervantes (hacia 1532)»; pero agrega que no por ello puede negarse «que sea tan provechoso como toda su familia paterna». Añade: (si realmente vino al mundo en Alcalá, debió de permanecer en esta ciudad poquísimos tiempo, tan poco, que él mismo...se considera natural de Pontevedra». En su sustancial biografía de Sarmiento, ese mismo autor sugiere la posibilidad de que éste haya prestado en Lima una declaración falsa, por «el temor de que, al darse

Hasta ahora, en cuanto sé, aún no ha logrado determinarse la fecha de su nacimiento. Hay contradictorias informaciones indirectas que, en general, giran en torno a los primeros años de la tercera década del siglo XVI⁴.

A pesar de afirmaciones que se encuentran en diversas biografías de Sarmiento, son asimismo desconocidas las actividades que éste desempeñó en Europa antes de pasar a América⁵. Tampoco se sabe dónde efectuó sus estudios y subsiste el enigma de dónde y cómo aprendió cosmografía, idiomas, historia universal y matemáticas. No obstante la reiterada afirmación de que antes de

a conocer a la Inquisición como hijo de Galicia —supersticiosa y cargada de leyendas— le castigasen con mayor rigor como supuesto nigromante y practicante de artes ocultas, pues por tales motivos se había iniciado el proceso». (Landín, *op. cit.*, pág. 13).

Este tema apasiona a las gentes de Galicia, quienes incluyen a Sarmiento de Gamboa entre sus coterráneos más preclaros. (Cf. Casto Sampedro, *Documentos para la historia de Pontevedra*, citado por Landín Carrasco, *op. cit.*, pág. 14). Entretanto, Alcalá de Henares, acaso henchida de gloria con el autor de Don Quijote, no ha manifestado mayor interés por reivindicarlo como hijo suyo.

¿Caballero de Galicia, como lo identifican Argensola y la relación sobre el viaje a las Salomón? ¿Natural de Alcalá de Henares, como lo caracterizan los papeles de la Inquisición limeña?

Pontevedrés o alcalaíno, de la vasta documentación que hemos estudiado surge nitidamente la aspiración de Sarmiento a ser considerado, por sobre todas las cosas, un hidalgo español.

⁴ Como señala Rosenblat en la *nota preliminar* mencionada anteriormente, no solamente se ignora la fecha exacta del nacimiento de Pedro Sarmiento, sino que existen informaciones diversas acerca de la edad de éste. Sobre la base de ellas, según sea la que se tome, se podría tener a Sarmiento nacido alrededor de 1532, 1542 ó 1539. El asunto se complica porque, aún en Lima, parece haber habido más de un Pedro Sarmiento. Ernesto Morales, en su *Sarmiento de Gamboa* (Atlántida S. A., Buenos Aires, 1940, pág. 7) lo da por nacido el 18 de agosto de 1530; pero no proporciona la base documental de esta fecha.

⁵ Morales, en su obra antes mencionada (pág. 13), expresa que «tal vez Sarmiento de Gamboa luchara en el Milanesado y en el Rhin»; Markham (*op. cit.*, pág. X) expresa que «entró al servicio militar de España a la temprana edad de dieciocho años» y que «sirvió en las guerras de Europa desde 1550 a 1555». Con abundante razón, Rosa Arciniega (*Pedro Sarmiento de Gamboa. El Ulises de América*) expresa: «Una cómoda conseja...logró generalizar el tópico de que la mayor parte, cuando no todos los más célebres capitanes del Descubrimiento y la Conquista tomaron parte, antes de llegar a América, en la manoseada batalla de Pavia o en el pavoroso saco de Roma realizado por las turbulentas huestes del Borbón... [Sarmiento de] Gamboa, que si de algo pecó fue de excesivamente prolijo en la relación de sus más mínimos hechos no ha estampado jamás una palabra sobre sus presuntas andanzas como soldado de Carlos Quinto en Europa ni tampoco la escribieron los cronistas contemporáneos que a él hicieron tan copiosa referencia. Por el contrario; a través de aquel fluctuante mar de vaguedades con que el futuro Gobernador y Capitán General del Estrecho de Magallanes trata de eludir el recuento de sus días moceriles, se deduce que su vida en la Península fue oscura, ignorada y quizá hasta penosa, como lo fueron muchas de las de aquellos conquistadores españoles en el fecundo siglo XVI que, después, llenaron el mundo con el ruido de sus nombres» (págs. 20 a 21, edición de Buenos Aires, 1956).

abandonar Europa estuvo en las guerras de Flandes — que fluye de la pluma de todos sus biógrafos, inspirados al parecer por los investigadores del siglo pasado — no hay, en los documentos, referencia alguna a tales presuntos servicios como soldado.

Por mi parte, sobre la base de diversas alusiones documentales, creo probable que Sarmiento haya hecho estudios en el sur de la Península (probablemente en Sevilla) y que viajara hacia México, alrededor de 1555⁶. Hasta ahora nada se sabe de este primer viaje, por lo cual cabe pensar que, a menos que haya venido clandestinamente o haya resuelto quedar en América una vez que abandonó España, tal vez llegó a estas tierras en la cohorte de algún personaje, como paje o sirviente⁷.

¿Vendría, acaso, a acompañar a Fray Martín Sarmiento de Hojacastró, el fraile franciscano que llegó a ser Obispo de Tlaxcala en 1546?

Es esta una hipótesis que he perseguido hasta ahora sin éxito; pero cuya inspiración deriva de un hecho: alrededor de 1573 llegó a la Inquisición de Lima la noticia de que Pedro Sarmiento había sido condenado a pena de azotes en la Puebla de Nuestra Señora de Los Angeles, por mezclarse en una broma con sobrinos del Obispo que, asimismo, llevaban el apellido Sarmiento⁸.

Comoquiera sea, existe en relación con este punto una extraña coincidencia: la fecha de la muerte del Obispo parece cercana a aquella en que nuestro personaje abandonó México y, pasando por Guatemala, llegó a Perú a buscar fortuna⁹.

⁶ La fecha probable de la llegada a América se desprende de las declaraciones que prestó en el juicio de Inquisición que hemos citado y algunos memoriales en que alude a los años que sirvió en Indias.

⁷ El nombre de, Pedro Sarmiento de Gamboa no se encuentra entre aquellos que mencionan las «papeletas» de pasajeros a Indias. (Cf. *Catálogo de pasajeros a Indias, redactado por el personal facultativo del Archivo General de Indias, bajo la dirección del Director del mismo don Cristóbal Bermúdez Plata*, Sevilla, 1940-1946, cuyo tomo III cubre la época en que, presumiblemente, Sarmiento viajó a América).

⁸ La información aparece en el expediente a que alude Medina en su obra sobre la Inquisición en Chile, que se ha citado en la precedente nota (3).

⁹ Fray Martín Sarmiento de Hojacastró falleció en Puebla, México, en 1557. Tenemos información de que en el Archivo Municipal, en el de la Catedral y en los protocolos de Notarías de Puebla no hay antecedentes relativos al paso de Pedro Sarmiento por esa ciudad. Con todo, el vecino de esa ciudad a quien Sarmiento habría hecho la broma que motivó su azotaina, parece ser Diego Rodríguez Sarabia, que moraba allí desde 1540. En cuanto a los sobrinos del Obispo, que le habrían inducido a esa broma, cabe recordar que Fray Martín tuvo serias pugnas con las autoridades civiles durante el proceso seguido contra los heridores del poeta Gutierre de Cetina, en 1554, y que entre los acusados en ese proceso se hallaba, precisamente, uno de los sobrinos, Juan Sarmiento, casado con la hermana de Hernando de Nava, acusado de haber herido al poeta. (Informaciones gentilmente proporcionadas por el Dr. Efraín Castro, Director del Instituto Poblano de Antropología e Historia).

Poco se sabe acerca de sus primeras actividades en Perú. En libros de contabilidad del Virreinato hay referencias a un «Pedro Sarmiento», que desempeñaba la cátedra de gramática en el convento de Santo Domingo con un salario de cuatrocientos pesos anuales¹⁰. Con todo, no puede asegurarse que ese maestro fuera la misma persona cuya vida estudiamos.

La más antigua y segura referencia documental a Sarmiento de Gamboa que se ha descubierto está en el expediente limeño de Inquisición, aludido anteriormente, que encontró Medina en Simancas y fue extrañamente incorporado por ese investigador en su obra sobre la Inquisición en Chile¹¹.

Según esos documentos, Sarmiento fue detenido en Perú por el Santo Oficio, en 1564, por haberse descubierto unos anillos mágicos en la testamentaria del Conde de Nieva, aquel Virrey misteriosamente fallecido allá por febrero de ese año. A consecuencias del proceso, Sarmiento fue condenado «porque usaba de ciertas supersticiones y conjuros y encantamiento para diversas cosas, con fin y para que los demonios sirviesen y hacía ciertos anillos con caracteres incógnitos para diversos efectos»¹².

¹⁰ Pedro Sarmiento de Gamboa — VIAJES AL ESTRECHO DE MAGALLANES (1579-1584). *Recopilaciones de sus relaciones sobre los dos viajes al Estrecho y de sus cartas y memoriales. Con un apéndice documental sobre su vida y sus viajes*. Edición y notas al cuidado de Angel Rosenblat — Prólogo de Armando Braun Menéndez. (EMECE Editores, S.A., Buenos Aires, 1950). Se citará en adelante como «Viajes...».

En esta obra se transcribe un documento publicado por Roberto Levillier en *Gobernantes del Perú*, II, págs. 608-9, en que se dice: «Al presentado Fray Tomás de Argomedo, de la Orden de Santo Domingo, se le dio la libranza para los oficiales reales de la Ciudad de los Reyes para que se le pagasen dos tercios que se debían a Pedro Sarmiento, que lee la cátedra de gramática, del salario de cuatrocientos pesos en cada un año que el Marqués de Cañete le había señalado, como parece en el dicho libro a forjas CXLIII».

¹¹ J. T. Medina *op. cit.* sobre la Inquisición en Chile.

¹² Archivo General de Simancas. Inquisición de Lima. Expedientes de visitas. Leg. 1°. «Copia de lo que resulta en el proceso seguido en dicha Inquisición contra Pedro Sarmiento de Gamboa y Francisco de Aguirre».

N.º 1.010. Pedro Sarmiento de Gamboa, natural de Alcalá de Henares fue penitenciado por el Arzobispo de esta ciudad de los Reyes por mayo de 1565 y en la sentencia se le mandó que oyese una misa en forma de penitente en la Iglesia Mayor de esta ciudad y fue desterrado de todas las Indias perpetuamente y mientras que no sale a cumplir el dicho destierro está recluso en el monasterio de Santo Domingo de esta ciudad y que ayune los viernes y sábados de todas las semanas que así estuviere recluso y oiga estos días los siete psalmos penitenciales y que abjure de *levi*. Esta penitencia se le dio al reo porque usaba de ciertas supersticiones y conjuros y encantamientos para diversas cosas con fin y para que los demonios le sirviesen y hacía ciertos anillos con caracteres incógnitos para diversos efectos. No parece haberse ejecutado la dicha sentencia».

(Archivo Nacional de Chile. Archivo Morla-Vicuña, vol. 100, folios 111-112 vta.).

En este resumen, que solamente pretende situar al personaje antes de narrar los últimos años de su existencia, no procede entrar en mayores detalles de esta primera época. Veamos las etapas que siguen a aquella detención en las cárceles inquisitoriales: viaje a las Islas Salomón, en Oceanía, emprendido desde Perú bajo las órdenes de Alvaro de Mendaña (1567-1569)¹³; breve permanencia en Centroamérica, después de separarse de la flota de Mendaña, al regresar ésta de las islas (1569)¹⁴; elaboración de una historia de los Incas, despachada a España en 1572¹⁵; participación en la guerra contra el Inca Tupac Amaru y su captura (1572)¹⁶; expedición contra los indios chiriguano, acompañando al Virrey Don

¹³ Sobre este viaje existe amplia documentación en *The Discovery of the Solomon Islands by Alvaro de Mendaña in 1568*, editado por Lord Amherst of Hackney y Basil Thomson. (Publicación de The Hakluyt Society, Londres, 1901). Se contiene, asimismo, una vasta información documental en *Australia Franciscana* (Volúmenes II, III y IV), editada por Celsus Kelly O. F. M. (Madrid, 1965-1969).

¹⁴ Según Gómez Hernández Catoira, Escribano Mayor de la Armada de Mendaña, Sarmiento trató en el puerto de el Realejo de hacer una información contra Mendaña. Este lo apresó y Sarmiento huyó con un esclavo. La versión de Sarmiento es diferente. Acusando a Mendaña, dice: «Y porque hacía una información ante vuestra real justicia, para informar con buen crédito a Vuestra Majestad, me prendió y tomó todos los papeles, relaciones, cartas y contratos, y los rompió. Y después, en el puerto del Realejo, de Nicaragua, procuré hacer otra probanza para enviar a Vuestra Majestad, para que fuese informado de todo. Y por esto alborotó el pueblo, y yendo yo a dar dello razón a vuestro gobernador, once leguas de allí, se hizo a la vela huyendo, y me dejó, y me trajo mi hacienda y se vino al Perú». (La relación de Catoira se encuentra en *Australia Franciscana*, vol. II; la versión de Sarmiento aparece en una carta que escribió a Felipe II, desde Cuzco, el 4 de marzo de 1572. («Viajes...», Tomo I, pág. 174).

¹⁵ La historia lleva el título de *Segunda Parte de la Historia General llamada Indica*, pues Sarmiento la había concebido como la continuación de una primera parte que contendría la descripción geográfica del virreinato. Pensaba, asimismo, escribir una parte tercera, con lo ocurrido después de la llegada de los españoles.

Es probable que Sarmiento no haya llevado jamás a cabo la obra que se propuso, si bien hay antecedentes sobre la forma en que trató de hacerla, al menos por lo relativo a la mencionada primera parte.

La Historia de los Incas, remitida a España en 1572 sólo vino a descubrirse, en la Universidad de Göttingen, a fines del siglo XIX, por Wilhelm Meyer. Su primera edición apareció en 1906, con una notable introducción de Richard Pietschmann, en las Memorias de la Sociedad Real de Ciencias de Göttingen. Cf. Hans Steffen. *Anotaciones a la «Historia Indica» del Capitán Pedro Sarmiento de Gamboa*. (Anales de la Universidad de Chile. Tomo CXXIX, 1911). Se publicó posteriormente en inglés bajo el título *History of the Incas*, en traducción de Sir Clements Markham, Presidente de The Hakluyt Society (Cambridge, 1907). Entendemos que la primera edición en país de lengua española es aquella que realizó EMECE Editores de Buenos Aires, en 1942, a la cual hemos aludido en la precedente nota (2).

¹⁶ Aparte de los antecedentes que acerca de la campaña aludida se encuentran en las biografías de Sarmiento, hay informaciones sobre este particular en una carta de Sarmiento al Rey de España, fechada en Potosí a 31 de marzo de 1573 que, según entendemos, está inédita. (MSS de José Toribio Medina, Biblioteca Nacional, Tomo 373).

Francisco de Toledo (1573-1574)¹⁷; segundo proceso y prisión en las cárceles secretas de la Inquisición (alrededor de 1575-1577)¹⁸; primera y segunda expedición contra el corsario Francis Drake, seguidas de la exploración de las costas australes chilenas y del Estrecho de Magallanes y de un viaje por el Atlántico a España (1579-1580)¹⁹; organización del viaje destinado a fortificar el Estrecho y posterior fundación allí de las ciudades «Nombre de Jesús» y «Rey Don Felipe» (1581-1584)²⁰; esfuerzos en Brasil para montar expediciones de socorro a esas ciudades australes (1584-1586)²¹.

Si se piensa que todos estos trabajos son de un solo hombre y que ellos se realizaron dentro de un lapso de veinte años, hace cuatrocientos, se podrá apreciar cabalmente la sólida contextura moral y física de Pedro Sarmiento de Gamboa y comprender por qué, en una carta que ha permanecido inédita, pudo escribir ya en 1581 que *nunca había tenido en día para él solo*²².

Tomemos, entonces, a este personaje extraordinario cuando, con algo más de medio siglo en edad y convertido en Gobernador de las Provincias del Estrecho de Magallanes, ha resuelto dirigirse personalmente a España, en caso de que no llegue pronto auxilio para los pobladores que quedaron en «Nombre de Jesús» y «Rey Don Felipe», en el otoño de 1584. Esta idea de viajar a la Península aparece ya esbozada en una de las cartas que escribió a Felipe II a comienzos de 1585:

«Yo haré lo que pudiere, pero podré poco si Vuestra Majestad no acude con tiempo, y si no fuere con brevedad, haré yo de pro-

¹⁷ Los Inquisidores que examinaron la causa contra Fray Francisco de la Cruz, ordenaron la comparecencia de Sarmiento como testigo; pero cuando llegó dicho mandamiento, el testigo «estaba al servicio del señor Visorrey, que entraba contra los chiriguano». («Viajes...», Tomo II, pág. 271).

¹⁸ Sobre este particular, Cf. José Toribio Medina, obra sobre la Inquisición en Chile. Señalamos, incidentalmente, que estos documentos, que Medina descubrió en Simancas, se hallan ahora en el Archivo Histórico Nacional de Madrid (*Inquisición*, Legajo 1647 y Libro 1032), según *Australia Franciscana*, IV, pág. XVII.

¹⁹ Acerca de la participación de Sarmiento en la persecución a Drake que ordenó el Virrey del Perú, existe una relación del propio Sarmiento, dirigida a una autoridad eclesiástica que no se ha identificado y cuya fecha se sitúa entre el 12 de julio de 1579 y el 11 de octubre del mismo año. Se publicó en *Documentos Inéditos para la Historia de España*, vol. 94.

²⁰ La documentación principal sobre esta materia se encuentra reunida en «Viajes...».

²¹ *Viajes...*, Tomo II.

²² «...de todos los descubridores juntos desde Colón acá no han descubierto más mar y tierra ni peleado más veces ni padecido las hambres, frío, calor, sed, cansancio, desnudez, peligros de muerte fuera de las cosas de República y pluma que yo en las Indias, *sin tener un día mío solo*». (Carta de Sarmiento al Rey, despachada desde Sevilla a 11 de agosto de 1581. MSS. de Medina, Tomo 251, «Sala Medina», Biblioteca Nacional).

curar de ir a España por remedio, a informar a Vuestra Majestad para que lo ponga, y envíe quien lo haga mejor que yo...»²³.

Pasan los meses y Sarmiento sigue abandonado en Brasil. En octubre de 1585 vuelve a escribir al Rey, haciendo una breve reseña del silencio que a seguido a sus cartas:

«...desde septiembre de 1584 hasta junio de 1585 son diez pliegos los que he escrito a Vuestra Majestad de diferentes partes desde Brasil...Y también escribí cuatro veces al Gobernador de Bahía y proveedor mayor, en persona propia, para que enviase brea, clavazón y algunas cosas de navío para reparar este viejo; el cual a fuerza de brazos, lo sustentó con la bomba sobre el agua, porque la broma de aquí es mucha y causa gran daño en los navíos...Y aunque parece menudencia, estimase más que una flota, porque no hay más deste ojo, y si se acaba, quedaré a oscuras, y con este palomar, aunque viejo, se van sustentando las palomas que se quisieron hacer torcaces, y las que vuelto caseras con hartó trabajo. Hoy son 5 días de octubre de 1585, a mediodía, y no hay nueva de España ni de la Bahía, e ya va tardando y el tiempo llegando para partir. Advierto a Vuestra Majestad que, a no venir, a tardarse más de lo necesario, se han de recrecer grandes daños e inconvenientes, porque yo estoy imposibilitado de ir al Estrecho como estoy. Y si fuera cosa de por tierra, crea Vuestra Majestad de mí que solo o acompañado me hubiera puesto a ello hasta acabar la vida o el viaje. Pero es mucho más imposible que lo de la mar.

.....
«Encomiendo a Vuestra Majestad, por amor de Dios, los compañeros míos, vasos, y buenos de Vuestra Majestad, que eso me llega al ánima; que si a costa de mi sangre y vida los pudiera socorrer, lo hiciera como lo he procurado, y mejor, olvidado de mi propio».

Da cuenta allí, asimismo, de cómo hubo de enfrentar un motín de su gente, con excepción de ocho que vivían con él, y de la solución que le dio. Agrega:

«...el piloto se me desmesuró y el escribano, a voces llamó gente, como caudillo de los amotinados. Y comenzándose a desvergonzar, fue menester desenvolverme por atajallo, y castigarlo con la espada. Tornélos a prender, tomé a todos sus confesiones,

ratificáronse, y fulminóse proceso contra el muñidor, que fue perverso».

En Palacio esta carta encuentra una fría acogida burocrática: «A la Junta de Puerto Rico. Avísese al Consejo de Portugal»²⁴.

Ocho meses después, viendo que aún no llega auxilio desde España y que no lo hay en Brasil, Sarmiento resuelve ir en persona a dar cuenta al Rey de lo que ha sucedido con sus poblaciones del Estrecho. Consulta al Gobernador de Río de Janeiro y a su Consejo y, premunido de todos los documentos y probanzas necesarias (relaciones, cartas de navegación y planos de las ciudades magallánicas), zarpa rumbo a España, en la nave «Nuestra Señora de Guía», el 26 de abril de 1586.

Tras una breve estada en Bahía, se lanza a cruzar el Atlántico el 22 de junio, acompañado por una veintena de hombres. Entre ellos va un esclavo de su propiedad y uno de aquellos indios patagónicos que llevó a España en 1580 y que desde entonces sigue a su lado²⁵.

Han transcurrido ya dos años desde que una brutal tormenta le alejó de sus ciudades magallánicas. Todavía abriga la esperanza de llevarles socorro.

Poco más de un mes y medio navega hacia el oriente. El 11 de agosto, casi a la vista de las islas Azores, entre la Tercera, San Jorge y Graciosa, cercan su nave tres bajeles ingleses, fuertemente artillados. El infeliz Gobernador del Estrecho comprende que sería inútil resistir y trata afanosamente de deshacerse de los documentos, mapas y derroteros que lleva consigo, a fin de que no caigan en manos de sus captores. No consigue echarlos al agua cuando se ve prisionero.

Llevan a él y a sus compañeros a bordo de la fragata capitana y les torturan con fuego y garrote «rompiéndoles las puntas y cabezas de los dedos de las manos, para que dijese si traían plata o moneda»²⁶.

Finalmente, después de desvalijar completamente la nave española, sueltan a ésta tripulada

²⁴ Carta de Sarmiento al Rey, despachada desde Río de Janeiro el 5 de octubre de 1585. («Viajes...», II, pág. 218). Creemos que por error, en la transcripción de la providencia recaída sobre ella, se pone: «A la justicia de Puerto Rico»; el yerro derivaría de la interpretación que en este caso se dio a la abreviatura J^a. Cf. Pablo Pastells *El Descubrimiento del Estrecho de Magallanes* (Madrid 1920) pág. 745.

²⁵ Hasta ahora, que sepamos, no se había identificado la nave en que Sarmiento y sus hombres regresaron a España. el nombre de la misma aparece en una carta del veedor Gabriel de Ribera a Felipe II, fechada en Angra, Isla Tercera, a 16 de agosto de 1586, que descubrimos en el Archivo de Simancas (G. A., Legajo 187).

Las fechas del zarpe desde Río de Janeiro y Bahía aparecen en la *Sumaria Relación del Segundo Viaje* —que en adelante mencionaremos como «Sumaria Relación...»— fechada en El Escorial a 15 de septiembre de 1590. («Viajes...», II, pág. 159).

²⁶ Sumaria Relación... (*Viajes...*, II, pág. 159).

²³ Carta de Sarmiento al Rey, fechada en Río de Janeiro a 24 de enero de 1585. («Viajes...», II, pág. 212).

por unos cuantos hombres; pero llevan presos a Inglaterra a Sarmiento, al piloto y a otros dos tripulantes.

De este episodio, tan frecuente en las aguas atlánticas en época de corsarios, existe una información dada por los propios ingleses que, en lo substancial, coincide con la que proporcionó posteriormente Sarmiento.

Los captores son hombres de Sir Walter Raleigh quien, dos meses antes, había despachado sus naves «Serpent» y «Mary Sparke» hacia España y las Azores.

Para que no se supiera la nación a que pertenecían, los ingleses comenzaron por desplegar una bandera blanca; pero al llegar a distancia de tiro, arriaron esa insignia e izando la cruz de San Jorge se lanzaron al ataque. Dice, la relación inglesa:

«...toda su prisa fue en vano, porque nuestros barcos eran más veleros que el de ellos; por temor de esto empezaron a tirar al agua sus instrucciones y un pequeño envoltorio con muchas cartas y el mapa del Estrecho de Magallanes, e inmediatamente después tomamos el barco, en el cual apresamos también a un caballero español llamado Pedro Sarmiento, Gobernador del Estrecho, al cual llevamos a Inglaterra y lo presentamos a Nuestra Señora la Reina».

Llegadas a Plymouth, las naves de Raleigh fueron recibidas con júbilo y salvas de artillería, saliendo en seguida a Southampton, donde Sir Walter recompensó a los tripulantes con parte del botín. A más de traer los prisioneros españoles, regresaban cargadas de azúcar, colmillos de elefante, cera, cueros, arroz y palo del Brasil²⁷.

Hemos hallado otra noticia sobre estos hechos. Está en una declaración prestada en Sanlúcar de Barrameda, el 3 de septiembre de 1586, por uno de los hombres de Sarmiento que, como hemos dicho, los ingleses soltaron en el Atlántico: el gallego Marcos Hernández, natural de Ribadeo.

En esa declaración y en términos coincidentes con los que Sarmiento emplearía más tarde al dar cuenta de su captura a Felipe II, se halla un resumen de todos los infructuosos esfuerzos y notables sacrificios del Gobernador del Estrecho para socorrer a las poblaciones patagónicas. Además, por lo tocante al enfrentamiento con los ingleses en las cercanías de las Azores, dice Hernández:

«...abordaron al navío del dicho Pedro Sarmiento y le tiraron mucha artillería y visto el dicho Pedro Sarmiento que no se podía defender echó todas las armas a la mar y comenzó a echar todos los papeles que traía. Y estándolos echando, abordaron al navío dos lanchas y le tomaron cantidad de papeles que no había podido echar y saquearon el dicho navío e hicieron mucho mal tratamiento a la gente y echaron al dicho Sarmiento y a este declarante y a otros marineros a la nao capitana y en ella dieron algunos tormentos de fuego por la boca y por los pies para ver si traían dinero y a cabo de tres días que los tuvieron en la dicha nao los volvieron a echar en su navío y dejaron al dicho Pedro Sarmiento y a su piloto que se llama Antonio González, un soldado y un marinero de la dicha nao capitana»²⁸.

En Simancas, encontramos igualmente una información sobre la materia, en la que se da fiel cuenta de los tratos y maltratos de la navegación en esos tiempos. Se halla en una carta del veedor de la Isla Tercera, al Rey, despachada el 16 de agosto de 1586, en que se describe el estado en que el día anterior arribó la nave «Nuestra Señora de Guía» a esa isla:

«En quince de este mes entró la dicha nao destrozada sin árboles ni velas con diez y nueve personas soldados y marineros en este puerto y, por ser el dicho navío de Vuestra Majestad, fui luego a él a ponerle cobro, donde no se halló hacienda ni otra cosa de ningún valor, sino sólo el casco de la dicha nao, que será de esta setenta toneladas. Porque todo lo que traía lo saquearon los dichos ingleses hasta dejar la gente desnuda».

«Asimismo se halló en el dicho navío entre la gente que en él venía un indio llamado Joan de los de Magallanes pláticos que trujo ora seis años el dicho Pedro Sarmiento de Gamboa y un esclavo negro que dicen es suyo»²⁹.

En una comunicación enviada meses después, desde la misma isla, se describe el miserable estado en que arribó el navío saqueado:

«...todo destrozado, roto y maltratado sin árboles, velas ni jarcia entró en el puerto de esta ciudad»³⁰.

²⁷ El documento original fue publicado por Hakluyt en *The Principal Navigations...* (1599) con el título *The voyage made by two of Sir Walter Raleighs Pinasses called The Serpent and the Mary Spark of Plymouth to the Azores: which tooke the governour of the Isle of S. Michael, and Pedro Sarmiento governour of the Streights of Magellan in the yere 1586*. Citamos la versión española de («Viajes...», II, págs. 354 a 356.

²⁸ Archivo General de Indias (AGI, en adelante) Contratación, Legajo 4802, Doc. 34.

²⁹ Carta de Gabriel de Ribera a Felipe II, fechada en Angra el 16 de agosto de 1586. (Citada en la precedente nota 25).

³⁰ Carta de los veedores Gabriel de Ribera y Hernando Ortiz a Felipe II, fechada en Angra el 15 de febrero de 1587 (Archivo de Simancas, G. A. Legajo 196). De esa comunica-

Sarmiento es llevado desde Plymouth a Hampton Court y luego a Windsor, donde conoce al dueño de las naves que lo capturaron en el Atlántico: Sir Walter Raleigh. El cautivo español ha dejado una descripción de sus primeros contactos con este último:

«...un gentilhombre, privado de la Reina, el cual hizo alegre recibimiento al prisionero. Y hablando entrambos en latín, Pedro Sarmiento le razonó de manera que luego fue Dios servido que le ganó buena voluntad. Y así luego le comenzó a honrar y sentar a su lado, y le dio casa particular, y un gentilhombre suyo, que sabía hablar español que le acompañase y guardase»³¹.

Por su parte, Raleigh ha dejado registrado en una breve anécdota, un rasgo de Sarmiento:

«Recuerdo una breve frase de Pedro Sarmiento, digno caballero que del Rey de España recibió el encargo de poblar el Estrecho de Magallanes, cuando fue mi prisionero. Haciéndole yo preguntas acerca de una isla que figuraba en el mapa de dicho Estrecho, me contestó riendo que su nombre verdadero debería ser «Isla de la mujer del pintor», porque, en los momentos en que el dibujante iluminaba la carta, viólo su mujer y le rogó que pusiera su nombre en cualquiera de tantas islas que tenía el mapa a fin de hacerla propietaria en la imaginación, lo que el pintor hizo»³².

Cuando la Soberana inglesa se enteró de la presencia de Sarmiento en Inglaterra, le hizo llevar a su palacio en Windsor y allí conversó con él por más de una hora y media «en latín, en que es elegante la Reina», narraría más tarde el prisionero³³.

No hemos encontrado en los archivos ingleses que investigamos referencia directa alguna a esta entrevista de Sarmiento con Isabel I. Aún más, sobre la presencia del español en Inglaterra, apenas hemos hallado una anotación que, con todo, deja testimonio de la importancia que tuvo su paso a los ojos de los ingleses. Se trata de una breve inscripción en las «notas del Reino de la Reina Isabel», que mantenía Lord Burleigh, Secretario de Estado y miembro del Consejo Privado de la Reina³⁴.

ción resulta que la nave fue adquirida en remate por el vecino Juan Cordero, en la suma de setenta y cinco ducados de diez reales.

³¹ Sumaria Relación... («Viajes...», pág. 160).

³² Sir Walter registró este diálogo con Sarmiento en su obra *History of the World*. Tomamos la cita de «Viajes...», II, pág. 161.

³³ «Sumaria Relación...» («Viajes...», II, pág. 161).

³⁴ La anotación, traducida, dice: «1586 octubre. Pedro Sarmiento de Gamboa, un español, traído aquí a Inglaterra por un buque de Sir Walter Raleigh». (*A collection of State Pa-*

Los archivos españoles contienen bien poco más sobre estas materias.

En la «Sumaria Relación del Segundo Viaje», escrita por Sarmiento después de llegar a España, cuatro años más tarde, el navegante no incorporó el detalle de aquella conversación con la Soberana inglesa, limitándose a decir: «lo que allí pasó es para más particular relación para Vuestra Majestad sólo»³⁵.

Ignoramos si esa «relación particular» se hizo por escrito u oralmente. En todo caso, en las investigaciones realizadas sobre este punto nada ha aparecido hasta hoy.

Con todo, hay datos suficientes para llegar a la conclusión de que la Reina hizo de Sarmiento el mensajero de una proposición de entendimiento pacífico entre su Corona y la española.

Veamos los documentos.

En el Archivo de Simancas existe una carta al Rey, escrita por Don Bernardino de Mendoza, su Embajador en París. El diplomático español resumió como sigue la misión que la Reina Isabel confió a Sarmiento:

«La Reyna le dijo desear mucho la paz con V. Md. y que así se lo significase y el Tesorero lo mismo a quien el Sarmiento, como hombre cuerdo y de entendimiento, preguntó en qué manera. Respondióle el Tesorero que como se olvidasen todas las cosas pasadas y V. Md. quisiese ser buen amigo suyo sacaría los ingleses de Holanda y Zelandia. Replicóle él que se lo diesen por escrito y el Tesorero a él que no lo podían hazer por la autoridad de la Reyna, pero que lo dijese a V. Md. y queriendo escuchar la plática se le daría un pasaporte amplísimo para que pudiese venir a Inglaterra cualquier persona que V. Md. fuese servido para tratar della, el cual pasaporte llevaba Pedro Sarmiento consigo».

Respecto de conversaciones que Sarmiento sostuvo con Raleigh hay, asimismo, informaciones en aquella carta del Embajador Mendoza:

«Con Guaterrale, favorito de la Reyna, tuvo diversas pláticas y en ellas le significó lo bien que le estaría ofrecer su servicio a V. Md., pues el favor de la Reyna no le podía durar mucho y cuando él tratase con veras lo que tocara al servicio de Va. Md. en aquel reyno, fuera de la recompensa que tendría en cualquier ocasión que ocurriese, teniendo el amparo de Va. Md. se entretenía para no descaecer. A Rale le pareció

pers relatig to the affairs in the reign of Queen Elizabeth from the year 1571 to 1596... by William Murdin, B. D., Londres, 1759). Hemos utilizado el ejemplar que se conserva en la Biblioteca Real de Copenhague.

³⁵ Sumaria Relación... («Viajes...», II, pág. 161).

bien el consejo y le dio orden ofreciese a Va. Md. su voluntad y cuando fuese servido de aceptalla se opondría a cuanto intentase Don Antonio y asimismo a no dejar salir armazones de Inglaterra y que enviaría una nao suya grande muy buena artillada a Lisboa, la cual vendería siendo buena para el servicio de Va. Md. en 5.000 escudos; y para entender si Va. Md. era servido de aceptar su servicio o no, dio al Pedro Sarmiento un contraseño y escribió a un sobrino que tiene aquí desprendiendo la lengua que viniese a mí y que, como yo le diese cartas de Pedro Sarmiento, partiese al momento con ellas a Inglaterra»³⁶.

En buen romance, Sarmiento hizo ver a Raleigh que un día podría perder el favor de la Reina y que, llegado ese momento, no le vendría mal contar con el de Felipe II. Como se ve, Sir Walter no rechazó el ofrecimiento, sino que insinuó que él podría oponerse, en Inglaterra, a los planes de Don Antonio, pretendiente del trono portugués y enemigo de Felipe II. Asimismo, ofreció en venta una de sus mejores naves³⁷.

Otra de las personas con quien Sarmiento tuvo contacto en Inglaterra fue Antonio Vega, portugués cercano a Don Antonio especie de «agente doble» que servía tanto al pretendiente portugués como a Felipe II. Vega hizo llegar al Embajador Mendoza noticias en el sentido de que los Consejeros de la Reina estaban ansiosos de obtener la paz entre ambas Coronas y que sería conveniente que, si Felipe II deseaba igualmente la paz, respondiera por intermedio de un mensajero. Acerca de Sarmiento, Vega expresaba a Mendoza que el español era una persona de mucho mérito, que entendía a los ingleses como si hubiera vivido diez años entre ellos, que era un intelectual de nota y que podría hablar con los ingleses con toda la franqueza necesaria³⁸.

Sarmiento fue liberado y con estas recomendaciones y encargos, premunido de pasaporte especial, dejó Inglaterra. Antes de partir, obsequió a

Raleigh un regalo suntuoso: mil escudos en piezas y perlas de la India. Para pagarlo, tuvo que pedir un préstamo al comerciante portugués Bernaldo Luis³⁹.

Salió de Londres el 30 de octubre de 1586, llegó a Calais y desde allí, fue a Dunquerque, en el Flandes español, para ver si había algo que llevar al Rey y avisar al Duque de Parma de «algunas cosas de Inglaterra» que había averiguado en Londres.

Aprovechó Sarmiento el viaje para ver a Valentín Pardieux (a quien llama «Monsieur de la Mota») en la ciudad de Begen, regresando desde allí a Calais, donde conversó con M. de Gourdan, Gobernador de esta ciudad por el Rey de Francia. Más tarde describiría a Gourdan como «aficionado a las cosas de Vuestra Majestad», diciendo que el Gobernador le había apretado muchas veces la mano, de donde había sentido «gran afición a nuestra nación»⁴⁰.

Finalmente, arribó a París el 21 de noviembre y, de inmediato, se entrevistó con el Embajador Mendoza, para quien traía cartas de aquel Antonio Vega que hemos mencionado anteriormente.

El embajador ha pintado con unas cuantas palabras el estado en que Sarmiento llegó a París:

«...tan pobre y desacomodado como era fuerza que lo estuviese un robado de ingleses y cautivo; y, por ser de importancia su persona para el servicio de V. Md. en la gobernación del Estrecho de Magallanes y consideración de los que ha hecho a V. Md. en las Indias, le he acogido y regalado como mejor he podido. Le he hecho crédito de 300 escudos que me pidió para seguir su camino».

En esa misma carta, Mendoza relataba al Rey otros pormenores sobre las actuaciones de Sarmiento en Inglaterra, sugiriendo que se aceptaran los ofrecimientos de Raleigh:

«Hame referido el estado de las cosas en Inglaterra como hombre de entendimiento y que aunque prisionero ponía en consideración los ojos en ellas y dicho asimismo lo que le comunicó la Reyna, el Tesorero y Guate Rale a quien no será inconveniente que V. Md. haga la merced que desagrade-

³⁶ Carta cifrada del embajador Mendoza al Rey, despachada de París el 8 de enero de 1587 y recibida en la Corte el 15 de febrero. (Archivo de Simancas, K. 1566). Este documento se encontraba en el Archivo Nacional de París junto con muchos otros extraídos de Simancas; pero ha vuelto a España. Allí se conserva, como los otros, con la antigua identificación que le dieron los archiveros franceses.

³⁷ En su respuesta a Mendoza, el Rey rechazó el ofrecimiento de Raleigh, tanto para evitar que recayeran sospechas sobre Sir Walter, en Inglaterra, cuanto por temor a una añagaza del inglés. (Carta de Felipe II a Mendoza, fechada en El Escorial a 31 de marzo de 1587). No hemos podido consultar el original; pero nos basamos en el extracto inglés que aparece en *Calendar of State Papers, Spanish, 1587-1603*, pág. 56.

³⁸ Sin haber tenido acceso al original, hemos utilizado la versión en inglés de la comunicación de Vega, fechada a 10 de noviembre de 1587, que aparece en *Calendar of State Papers*. (Documento K1564.223, antiguamente conservado en el Archivo Nacional de París).

³⁹ Escribe Sarmiento: «Habiendo dado un presente de mil escudos en piezas y perlas de la India, que le prestó Bernaldo Luis, a Guaterales, se partió de Londres a 30 de octubre de 1586...». («Sumaria Relación...», «Viajes...», II, pág. 162).

Tal vez sea una demostración más de la mala suerte de Sarmiento el hecho de que algunos de sus biógrafos hayan interpretado erróneamente esta frase en el sentido de que el regalo fue hecho por Raleigh a él... (Cf. Ernesto Morales Sarmiento de Gamboa, Buenos Aires, 1940, pág. 110; Landín Carrasco, *op. cit.*, pág. 183; Stephen Clissold *Conquistador — The life of Don Pedro Sarmiento de Gamboa*, Londres, 1954, pág. 183).

⁴⁰ «Sumaria Relación...». («Viajes...», II, pág. 162).

ciéndole la buena voluntad que ofrece al servicio de V. Md., por poseer enteramente el corazón de la Reyna y con tanto podrá divertir lo que toca a armazones de piratas y máquinas de Don Antonio...»⁴¹.

Es probable que en Francia, en un medio lleno de espías y contraespías, Sarmiento haya hablado más de la cuenta. Indiscreciones debe de haber cometido, porque a fines de noviembre, aludiendo a él, Stafford, embajador inglés en París, escribía a Lord Burghley:

«...creo que nunca llegó a este lado del océano un bribón más astuto. Dice que de todos aquellos con quienes trató, cree que Ud. es el que menos confió en él, lo que creo que no es pequeño honor para Vuestra Señoría, porque acerca de todo el resto, se vangloria de que los engatusó fácilmente y creo que así lo ha hecho»⁴².

Cinco días más tarde, volvía Stafford al tema, escribiendo a Walsingham y Davison, Secretarios de la Reina Isabel, que Don Bernardino de Mendoza había aprovechado la venida de Sarmiento a París para hacer creer que Inglaterra buscaba entenderse con España a costa de Francia y que el embajador veneciano había venido a sondearle sobre esta materia, lo que Stafford, por cierto, había negado con todo aplomo. (Y, con una fórmula que revela que las experiencias diplomáticas suelen repetirse a través de los siglos, el Embajador inglés agregaba: (puesto que en verdad Uds. saben que si hay algo de esto yo lo ignoro...»).

Stafford, asimismo, informaba que los franceses vigilaban a Sarmiento y a él y que el español actuaba doblemente, cambiando sus expresiones cuando sospechaba que sus palabras llegarían a oídos del embajador inglés:

«Este español o bien finge con el Rey y su Embajador aquí o es un bellaco muy patente contra Inglaterra, porque cuando cree que puede llegar a mis oídos habla maravillas de Su Majestad la Reina y de todos cuantos le han tratado bien, pero...cuando está en una compañía que no es favorable a nosotros, se mofa de su actitud, de Su Majestad y de todos aquellos que le han tratado bien y ha declarado al Embajador aquí que había prometido poner todos sus esfuerzos al servicio de la paz...y que en Inglaterra había hecho creer que él pensaba

que en toda la Cristiandad no había princesa más poderosa que Su Majestad la Reina, pero que allí había descubierto que no hay princesa más débil que ella; que preferiría que lo cortaran en mil pedazos antes de inducir a su amo a que tuviera paz con ella; que ella había abarcado tanto que se resignaría a venir a decir “peccavi” (porque esas fueron sus palabras), sin poder cumplir con todos; junto con otras expresiones que no son para escritas, tanto acerca de Su Majestad y el estado general... No sé a quién engaña; pero por mi parte pienso lo peor, en lo cual hay mayor probabilidad que en lo mejor»⁴³.

La telaraña de la diplomacia había captado las vibraciones de estas noticias y no cesaría de transmitir las a las principales capitales europeas. Sin duda que todo esto puso sobre alarma a los franceses, a ninguno de cuyos bandos de la época convenía un entendimiento anglo-español. La situación, por supuesto, preocupaba, además, a aquellos ingleses que no eran partidarios de la paz entre Isabel y Felipe.

Sospechamos que esta combinación de factores no carece de relación con lo que en breve acaecería a Sarmiento; pero no tenemos documentos para probarlo.

Apenas nueve días alcanzó Sarmiento a permanecer en la capital francesa y prosiguió su viaje a España, portador del mensaje de la Reina, de los clandestinos ofrecimientos de Sir Walter Raleigh, de la documentación propia que había recuperado al menos en parte en Inglaterra y de diversas piezas de correspondencia que le había confiado el embajador Mendoza.

Este último, que conocía los peligros de los caminos franceses, le aconsejó que utilizara la ruta marítima de Nantes que, aunque más larga era menos insegura. Sarmiento persistió en irse por tierra, vía Burdeos, y partió acompañado de un correo, práctico en los entrincados caminos provinciales. ¡Nunca lo hiciera!

El 9 de diciembre de 1586, cuando pernoctaba en un mesón a pocas jornadas de la frontera española, fue hecho prisionero por un capitán de las fuerzas del Vizconde de Bearne; esto es, del futuro Enrique IV, Rey de Navarra, quien encabezaba el bando hugonote en las guerras de religión que asolaban el país por esos años.

Cuando le tomaron preso, le quitaron todos los papeles que llevaba para Felipe II y allí desaparecieron asimismo las cartas de marear del Estrecho de Magallanes y las plantas de las ciudades que, por orden del Rey, había fundado en esas lejanas regiones patagónicas. Cayeron asimismo en

⁴¹ Carta del embajador Mendoza a Felipe II, fechada en París a 28 de noviembre de 1586. (Archivo de Simancas, Doc. K. 1564).

⁴² Carta de Stafford a Lord Burghley, fechada en París a 20 de noviembre de 1586. (*Calendar of State Papers, Foreign Papers, Elizabeth*, pág. 150).

⁴³ Carta de Stafford a Walsingham y Davison, fechada en París a 25 de noviembre de 1586. (*Ibid.*, pág. 155).

manos de los hugonotes los otros papeles e instrucciones relativos a esa jornada magallánica y a la misión que la había confiado Isabel I. Los valiosos documentos que había recuperado en Inglaterra quedaban así perdidos para siempre⁴⁴.

Gracias a la captura de esta documentación, Enrique de Navarra se impuso al alcance de la misión de Sarmiento y despachó de inmediato a Inglaterra, en misión confidencial, a M. de la Roche Giffard. En nombre del Rey, M. du Pin escribía a Burghley al respecto que su amo se había visto obligado a despachar este mensajero con urgencia, al imponerse de una memoria de que era portador Sarmiento «para que la Reina y Ud. —le decía— puedan enterarse de lo que ese español está tramando contra Su Majestad y su reino»⁴⁵.

Dos días después de su captura, Sarmiento queda prisionero en Mont-de-Marsan, plaza fuerte de los hugonotes, custodiado por un tal Monsieur de Castelnau, lugarteniente de Enrique de Navarra⁴⁶.

Las nuevas de la prisión de Sarmiento empezaron a difundirse muy pronto por Europa. Entre otros, registró el hecho el inglés Richard Hakluyt, el reputado compilador de relaciones y descubrimientos quien, en ese tiempo, era capellán de la Embajada inglesa en Francia. En carta a Sir Walter Raleigh, desde París, decía Hakluyt:

«Su infortunado Pedro Sarmiento ha sido detenido por los protestantes a cuatro postas de la frontera con España. Todavía no sé bien el nombre del lugar. Se ha fijado su rescate en diez mil coronas. Atribuyo ésta, su segunda desgracia, al justo castigo

⁴⁴ El embajador Mendoza escribía al Rey: (...publican ya los hugonotes que el Príncipe de Bearne ha tomado a Pedro Sarmiento por prisionero suyo, que no le dará sino en trueque de Mos. de Telini, hijos de La Núa y *habelle hallado gran cantidad de papeles y descripciones de puertos en pergamino de Inglaterra, y son las cartas de marear que llevaba del Estrecho de Magallanes y plantas de las ciudades que por orden de Va. Md. había poblado en él y los papeles las instrucciones que llevaba para el efecto, los cuales me mostró a mí aquí por habérselos tomado al prendelle los piratas ingleses, y vuelto Maestre Rale*). (Carta cifrada al Rey, fechada en París el 24 de enero de 1587. Archivo de Simancas, Doc. K. 1566). A pesar de una prolongada rebusca en Francia, no hemos podido encontrar huella alguna de los papeles que se quitaron a Sarmiento en aquella oportunidad.

⁴⁵ Carta de Du Pin a Lord Burghley, fechada a 3 de enero de 1587. (Calendar of State Papers 3/7, pág. 167). En los archivos ingleses que hemos explorado no está la mencionada «Memoria» ni existen más referencias a ella. Tampoco, que sepamos, hay copia en los archivos franceses.

⁴⁶ Debemos a la amabilidad de Maître Raymond Ritter (Q.E.P.D.), distinguido historiador francés, la identificación del «Coronel Castelnau» a que alude Sarmiento. Según el Sr. Ritter, se trata de Jacques, conocido como «de Castilla», barón de Castelnau de Tursan, nacido en 1555 en el castillo de Sorbets (Landes). Hijo de Carlos, barón del mismo título, y de Elena de España. Después de una notable carrera militar al servicio de Enrique de Navarra, Castelnau alcanzó grandes distinciones y falleció en 1621. (Carta de M. Raymond Ritter, fechada en Pau a 9 de julio de 1969).

de Dios por su ingratitud hacia mi Lord el Almirante y Ud. mismo, que son los autores de su inmerecida liberación. Se le encontró un paquete que contenía grandes traiciones de Peter Sibures contra Inglaterra»⁴⁷.

El prisionero estima que su detención es contraria a todas las reglas. Escribe así a Enrique de Navarra, «dándole a entender la injuria y sinrazón que se le hacía, no habiendo guerra, antes paz confirmada y guardada, entre las coronas de Francia y España y príncipes dellas, presentándole el pasaporte de la Reina de Inglaterra, su aliada, que debía de ser bastante para pasar libre por tierra de aliados y confederados, suplicándole atento a esto le pusiese en libertad, deshaciendo el tuerto que se la hacía»⁴⁸.

Se diría un párrafo del Quijote y, (sea permitido el anacronismo de utilizar una metáfora basada en una obra que Cervantes aún no escribía) era en realidad quijotesca esta actitud del cautivo. En aquel entonces reinaba en Europa un verdadero tráfico de prisioneros y sólo la ingenuidad de Sarmiento le permitía invocar las reglas de la paz en momentos en que los seres humanos eran objeto de operaciones comerciales apenas disimuladas. Bien describe la situación un pasaje de Montaigne quien, por esos mismos años, aludía a «los pobres prisioneros que caen en manos de los soldados de esta época, que no son sino verdugos repugnantes, los cuales martirizan a aquellos para obligarles a pagar un rescate excesivo e imposible, puestos mientras tanto a buen recaudo en estado y lugar en que no tienen medio ninguno de exteriorizar sus pensamientos y miserable condición»⁴⁹.

Por lo relativo a Sarmiento, al principio no se habló de exigir un rescate sino de canjearlo por otro prisionero.

En efecto, por ese entonces se hallaba preso en Flandes, en manos de autoridades españolas, el joven poeta y guerrero hugonote, Odet de la Noue, a quien los papeles a menudo mencionan como Teligny. Hijo de François de la Noue —el famoso «Bras de Fer»— Teligny había caído en manos de los españoles en los Países Bajos y desde más de dos años aguardaba su liberación.

⁴⁷ Carta de Richard Hakluyt a Sir Walter Raleigh, fechada en París a 30 de noviembre de 1586. (*The original writings and correspondance of the two Richard Hakluyts*, con introducción y notas de E. G. R. Taylor, Londres, 1935). (Vol. II, pág. 354).

«Peter Sibures» parece ser Pedro Zubiaurre, comerciante bilbaíno, con negocios en Londres, a quien los documentos ingleses mencionan además como Sebriauure, Sebiaure, Seviaure y Subiaure.

⁴⁸ «Sumaria Relación...». (*Viajes...*) II, pág. 163).

⁴⁹ Montaigne, *Ensayos*, Libros II, Cap. VI. (Citamos de la traducción al español hecha por Constantino Román y Salamero, publicada en París, 1899).

En estas circunstancias, al enterarse «Bras de Fer» de que un personaje español estaba en poder de Enrique de Navarra, pensó que ello daba oportunidad para un canje de prisioneros y formuló la petición correspondiente.

Esa fue la respuesta que recibió Sarmiento al solicitar su liberación⁵⁰. En el mismo sentido escribieron los hugonotes a la Corte inglesa, como veremos dentro de un instante.

Ante la negativa de Enrique de Navarra, Sarmiento volvió a escribirle, argumentando que «no habían tomado buen camino para conseguir efecto de su voluntad, porque él era indigno de aquel trueque y desproporcionada la comparación, por ser Sarmiento hombre de paz y Teligny hombre de guerra, tirano y preso con las armas en la mano, perpetrando su tiranía «infraganti», como recordaría más tarde el español⁵¹.

Como hemos dicho, la noticia de la prisión de Sarmiento llegó rápidamente a París. A más de Hakluyt, la supo el embajador español quien, de inmediato, la transmitió a un sobrino de Raleigh que se hallaba en París aprendiendo idiomas. El sobrino —cuyo nombre no conocemos, pero que probablemente fuera uno de los Gilbert— respondió a Don Bernardino que partiría a Inglaterra para hacerlo saber a la Reina y a su tío⁵².

Ese mismo día, el embajador escribía a Don Juan de Idiáquez, Secretario del Rey de España:

«Ya los hugonotes de aquí empiezan a afirmar que no se dará a Don Pedro Sarmiento de Gamboa sino en cambio del hijo de Monsieur de la Núa, por donde juzgará V. Md. si desean verle fuera. Yo siento con verdad su trabajo, porque me pareció los días que estuvo aquí honrado caballero y celoso del servicio de Su Majestad. Y aunque le disuadí de aquel camino por el peligro que había en él, no le quiso estimar»⁵³.

⁵⁰ Dice Sarmiento: «Y el dicho Bandoma respondió a Pedro Sarmiento con cortesías friáticas, y al cabo diciendo que no lo podía hacer porque le había dado a los parientes y amigos de Mos. de la Núa, para liberar a Telini, su hijo, preso en Flandes, y al padre, Mos. de la Núa, de su fe que había dado a Vuestra Majestad de no hacerle guerra». («Sumaria Relación...», en «Viajes...», pág. 163).

⁵¹ *Ibid.*, pág. 164. Para entender mejor la frase de Sarmiento es necesario tener presente que la palabra «tirano» en esta época, no se entendía como generalmente se entiende hoy. Como dice Covarrubias en su *Tesoro de la Lengua Castellana o Española*: «Llamamos tirano comúnmente a cualquiera que con violencia, sin razón ni justicia, se sale con hacer su voluntad». Para Sarmiento, pues, Odet de Teligny era «tirano» por haber intervenido, sin derecho, en la guerra de Flandes.

⁵² Carta de Mendoza al Rey, de 8 de enero de 1587, mencionada en la precedente nota (36).

⁵³ Carta del Embajador Mendoza a Don Juan de Idiáquez, Secretario de Felipe II, fechada en París a 8 de enero de 1587. (Archivo de Simancas, Doc. K. 1566).

Apenas pudo, Mendoza inició gestiones en París: el 24 de enero informaba a Felipe II que había hablado del tema con el Rey de Francia, Enrique III, «suplicándole que mandase escribir y a que se le diese libertad»⁵⁴.

Dos semanas más tarde, en mensaje cifrado a su Soberano, el embajador español volvía a referirse al asunto:

«Sobre el particular de Pedro Sarmiento y otros, que hablé al Rey, me remitió los comunicase con el Secretario Villaroy. Díjome que a Pedro Sarmiento habían tomado los que traían armas contra el Rey. Repliquele que debajo desto no aprobaba su prisión, declarándolos por sus enemigos, por lo cual, si no le obedeciesen en darme libertad, V. Md. podría proceder contra ellos como más fuese servido y en particular contra el Príncipe de Bearne, que se hacía dueño del prisionero y el Rey confesaba traer las armas contra él, que era declarar ser un enemigo y no estar debajo de su protección y amparo, y lo que podría detener a V. Md. y a no castigarle de sus insolencias.»

«Replicome que era punto de consideración y que él le comunicaría con el Rey, asegurándome se escribiría caldamente a la Reyna Madre y al de Bearne para que le diesen libertad, reportándole el daño que del no hazello le podría causar, cosa que yo les he querido apuntar para que no se imagine este Rey que con la sombra de los hugonotes (cuya cabeza es el de Bearne) poder inquietar los estados de V. Md. y asimismo que, si al Pedro Sarmiento conviene sacalle por dinero no aprobando el Rey el arrançonalle, pueda con justicia satisfacerse este daño de las rentas que el de Bearne tiene con Flandes...»⁵⁵.

En el intertanto, apenas Raleigh supo que Sarmiento había caído prisionero de los hugonotes, envió dos gentilhombres de su servicio para que llevaran a Enrique de Navarra cartas en las cuales la Reina Isabel rogaba a éste que diera libertad al español.

No hemos encontrado dichas cartas en los archivos franceses ni hay copia de ellas en los de Inglaterra que hemos investigado; pero el Embajador Mendoza, quien parece haberse enterado directamente de su contenido, afirma que eran «tan encarecidas que le dice que, aunque parezca que sólo Gualter Rale es interesado en este negocio, que ella es asimismo en que pase a España Pedro Sarmiento al momento y por cuyo respecto le

⁵⁴ Carta de Mendoza a Felipe II, de 24 de enero de 1587, mencionada en la nota (44).

⁵⁵ Carta cifrada del embajador Mendoza al Rey, fechada en París a 7 de febrero de 1587 (Archivo de Simancas, en Doc. K. 1566, con otras piezas de correspondencia descifrada).

pide que si está en manos de su gente mande que se le dé luego libertad»⁵⁶.

El 26 de marzo, Mendoza informa al Rey que, finalmente, Raleigh no había querido que su sobrino fuera a liberar a Sarmiento «por no dar más sospecha de la que le han puesto sus enemigos con la Reyna, por habelle dejado salir de Inglaterra. Yo le informé mejor que pude de qué era bien que echase en las orejas de su tío...».

Más de tres meses habían transcurrido desde la detención de Sarmiento en Francia. Con razón, ante gestiones tan infructuosas para liberarle, Felipe II anotó de su puño y letra en el margen del despacho de Mendoza:

«Menester será procurar por acá lo de Pedro Sarmiento que por allá mal encaminado lo veo»⁵⁷.

Así se hizo: según un documento que permanece inédito, Felipe II autorizó a Alejandro Farnesio, Gobernador de los Países Bajos, para poner en libertad a Odet de Teligny, siempre que éste diera satisfacciones al Duque de Saboya y obtuviera la libertad de Pedro Sarmiento⁵⁸.

El resultado de estas gestiones ha debido ser negativo porque, impuesto de ellas, Sarmiento habló con Enrique de Navarra (Bandoma, como él lo llamaba, españolizando el Vendôme) con ocasión de una vista que éste hizo a Mont-de-Marsan a fines de 1587⁵⁹.

Ya antes de esta conversación, el Rey de Navarra había respondido a las cartas de la Soberana inglesa en los siguientes términos:

«Señor de Walsingham. Había entregado al español Pedro de Sarmiento al señor de

Lanoure para que éste se redima de su palabra y libere a su hijo, el Sr. De Teligny, antes de haber recibido las cartas de la Reina y del señor De Ralley. Ud. conoce los méritos del citado Sr. De La Noue y la tiranía de que se le hace objeto. Le ruego, señor de Walsingham, hacer cuanto le sea posible para esa redención y liberación. Conozco sus virtudes y piedad y sé que Ud. tiene tanto afecto hacia el bien que no es necesario que le diga más; salvo rogarle que me considere siempre su muy afectísimo y seguro amigo»⁶⁰.

En estas circunstancias, los hugonotes exigieron nuevamente a Sarmiento que escribiera a Felipe II acerca de la liberación de Teligny; pero el prisionero respondió —según diría más tarde al Rey— que antes moriría en la prisión que tornar a importunar a quien era obligado a servir. Dice Sarmiento, además, que Castelnau expresó algunos juicios hirientes contra Felipe II, ante lo cual él le desmintió y le retó a combate armado. El francés no aceptó el duelo y desde entonces se incrementaron los malos tratos del español. Muy pronto —relata— le quitaron la autorización para ir a misa y comulgar; más tarde, lo pusieron en el oscuro calabozo de un castillo. Así decía el prisionero:

«...lo metieron en tinieblas infernales, privado de toda comunicación humana, acompañado de música de sapos y ratones de una fosa del castillo, arrimada al infierno donde está preso, tan hediondo que no le podían sufrir los que le llevaban de comer. Aquí estuvo otros trece meses...»⁶¹.

La derrota de la Armada española, en el Canal de la Mancha, vino a modificar el cuadro de la misión de paz que la Reina inglesa había confiado a Sarmiento. Además, con la afluencia de naufragos españoles que provocó el desastre naval frente a las costas británicas, ya no se habló más de su canje contra Teligny. (Este sería libertado, más tarde, a cambio de cuatro prisioneros de la Armada).

Respecto de Sarmiento, se pasó a hablar entonces del pago de un rescate. Para su cobro, Enrique de Navarra puso al español en poder del mismo Castelnau y de una señora que Sarmiento menciona como «Madama de Agramonte» y que hemos podido identificar como la más famosa de

⁵⁶ Habiendo entendido Gualtero Ralí, favorito de la Reyna de Inglaterra la prisión de Sarmiento de Gamboa, ha tomado tan a punto su libertad que ha enviado dos gentilhombreres suyos aquí, con cartas de la Reyna al de Bearn para que le dé libertad, y tan encarecidas, que le dice que aunque parezca que sólo Gualtero Ralé es interesado en este negocio, que ella lo es asimismo en que pase a España Pedro Sarmiento al momento y por cuyo respecto le pide que si está en manos de su gente se le dé luego libertad». (Carta de Mendoza al Rey, fechada en París a 18 de febrero de 1587. Archivo de Simancas, descifrada en Doc. K. 1566).

⁵⁷ Carta a Felipe II del embajador Mendoza. Fechada en París a 26 de marzo de 1587. (Asimismo en Simancas, Doc. K. 1566).

⁵⁸ Carta cifrada de Felipe II a Alejandro Farnesio, de 23 de julio de 1587. Legajo N° 258 en archivos farnesianos en Nápoles. No hemos visto el documento original. Tomamos la referencia de Gauchi-Leon van der Essen, *Inventaire des archives farnésiennes de Naples au point de vue de l'histoire des Pays Bas Catholiques*. (Bruselas, 1911).

⁵⁹ Sarmiento no da la fecha en que tuvo esta conversación y se limita a decir que «habló al dicho Bandoma en Mont de Marsan». Según un estudio del itinerario de Enrique de Navarra, éste estuvo en Mont-de-Marsan en la época en que Sarmiento estaba prisionero, solamente entre el 7 y el 13 de diciembre de 1587. En consecuencia, la aludida conversación ha debido tener lugar en la segunda semana de diciembre de dicho año. (Debemos esta información sobre los desplaza-

mientos de Enrique de Navarra a M. Bernard Barbiche, Conservador de los Archivos Nacionales de Francia).

⁶⁰ Carta de Enrique de Navarra a Walsingham, secretario de la Reina Isabel I, fechada en La Rochelle, a 2 de abril de 1587, cuyo original se conserva en la Public Record Office de Gran Bretaña. Traducimos el texto que aparece en *Recueil des Lettres Missives de Henri IV* (tome VIII 1566-1610). Suplemento publicado por J. Guadet, París, 1872.

⁶¹ «Sumaria Relación...» («Viajes...», II, pág. 164).

las amantes de Enrique: Corisande d'Andoins, viuda del Conde de Gramont⁶². Habría que entregar caballos y dinero: los caballos para el Rey de Navarra; el dinero para Castelnau y Corisande.

Por más de un año, Sarmiento había recibido la orden de aguardar el resultado de gestiones que haría Don Domingo Esporrín, canónigo de Jaca, la ciudad aragonesa que es como una avanzada de los Pirineos españoles. En sus cartas Sarmiento se queja de haber sido engañado por Esporrín; pero hemos descubierto un documento que revela que, efectivamente, desde Jaca se hicieron gestiones para liberarle⁶³.

Pasan los meses y Castelnau escribe a Sarmiento que, si no se allana a pagarle quince mil escudos (o diez mil, con cuatro caballos), su alternativa es la muerte o prisión perpetua.

Se inicia entonces un regateo que sólo concluye cuando Sarmiento acepta un ofrecimiento final de sus captores: el pago de seis mil escudos y la entrega de cuatro caballos escogidos. El prisionero no puede satisfacer esta exigencia y, como último recurso, escribe a Felipe II y a Don Juan de Idiáquez, secretario del Rey. Su prisión en Mont-de Marsan dura ya cerca de tres años.

En estas cartas, que se han conservado en el Archivo de Indias, Sarmiento hace un recuento de todo lo que ha servido a la Corona española y de cuánto ésta le debe por sus servicios. Allí desfilan entre lo que se le adeuda: la ayuda de costa por la jornada del Estrecho, su salario como gentilhomme de lanza en el Perú, sus salarios como Gobernador, etc. Menciona, además, aunque los omite en sus cuentas, cerca de 4.000 ducados que asegura haber gastado de su peculio en naos, soldados y municiones en diversas oportunidades.

Son notables las frases de Sarmiento por la descripción que hacen de la forma en que él, al igual que muchos particulares, consolidó la conquista española en América. Véase cómo resume la situación.

«Y en el Perú ni en parte del mundo no he recibido otra ayuda de costa ni préstamo que yo deba a Su Majestad, ni hago cuenta de muchos y muchos millares de pesos de oro que he gastado por su servicio, juntamente con la vida, y quisiera haber

gastado mucho más. Y de gastos hechos aún en su servicio en sola esta jornada última, digo en gastos no de mi persona, criados ni casa ni dádivas que yo he dado a soldados y oficiales, sino sólo de gastos de municiones, pólvora, plomo, arcabuces, espadas, ropa, cables, estopa, brea, cueros de suelas, vestidos a soldados, socorros a marineros y pilotos y aderezos de navíos y otras mil cosas, todas municiones para Su Majestad y su servicio, que sin cada una de ellas no se podía concluir ni navegar ni vivir, por haberlo destruido todo los generales Diego Flores y sus oficiales y dejarme desamparado donde hube de vender todos los aderezos de mi persona, hasta las camisas, para sustentar los soldados, marineros y pobladores, y aún para le hacer muchos amigos y servidores en el Brasil, que esto es pozo sin suelo, de todo lo cual hay razón y cuenta».

Después de representar estas deudas y dilatarlos servicios, Sarmiento expresa que sólo quiere que de aquello que se le debe se saque la suma requerida para el rescate que exige Castelnau. El resto —asegura— lo dejará sin pretender su cobranza.

En esa carta, Sarmiento hace un llamado patético:

«¡Por amor de Dios, por amor de Dios, por amor de Dios, Padre y Señor mío, que tome esto como cosa suya propia, pues yo lo soy y haya yo respuesta breve!»⁶⁴.

En la carta al Rey, dice a éste que los hugonotes «cada día matan los inocentes, no dándoles lo que piden, como hicieron a un flamenco año y medio y a otros cada día, pareciéndoles tentar a Dios, sin más esperanza en milagros, siendo yo tan indigno dellos y sintiendo la enferma carne lo suyo». Así, impetra al Rey, que «se acuerde de su natural benignidad y, después, deste su criado, aunque sea gusano y ceniza, y me socorra, pues por dineros no conviene a mi señor que un hombre suyo se pierda, pues el dinero se halla en las minas y no los hombres...»⁶⁵.

Ante estas comunicaciones, la Corte española se resuelve a actuar y ordena el pago del rescate. Allá por mediados de 1590, es decir, cuatro años después de su salida de Brasil, Sarmiento llega a España. No existen detalles sobre esta etapa de su vida. Es probable que haya regresado por la

⁶² Al igual que respecto del «Coronel Castelnau», debemos a Maître Raymond Ritter la identificación de la «Madama de Agramont» como Corisande d'Andoins, viuda del Conde de Gramont y Condesa de Guiche.

⁶³ Efectivamente, en el Archivo del Mariscal de Matignon (Vol. J. 151, folio 26), que se conserva en el Palacio de Mónaco, existe una carta de uno de los Esporrín de Jaca al Mariscal, fechada a 16 de julio de 1588, en la cual se solicita a éste que intervenga en la liberación de Sarmiento, que se encuentra prisionero en Mont-de-Marsan. (Información proporcionada por M. Vilarem, archivero Adjunto en el Palacio de Mónaco).

⁶⁴ Carta de Sarmiento a Don Juan de Idiáquez, Secretario del Rey, fechada en el «Castillo infernal» (Mont-de-Marsan) a 27 de septiembre de 1589. El original se conserva en A.G.I. Citamos de «Viajes...», II, págs. 225 y 227.

⁶⁵ Carta de Sarmiento al Rey, enviada desde la «cárcel de Mont-de-Marsan», el 2 de octubre de 1589. Original en A.G.I. Citamos el texto reproducido en «Viajes...», II, págs. 228 al 231.

vía de Olorón-Jaca, aquella ruta montañosa que servía de lazo a las poblaciones pirenaicas. En todo caso, con uno de los Esporrín —que, como hemos dicho, eran de Jaca— llegó más tarde Sarmiento a El Escorial, según revela un curioso memorial que encontramos en Simancas⁶⁶.

No pasan muchas semanas antes de que Sarmiento entregue al Rey la vasta relación sobre su segundo viaje al Estrecho, que fecha en El Escorial a 15 de septiembre de 1590. El documento constituye una detallada cuenta, que se remonta a la entrada de Drake al Pacífico, narra todo lo ocurrido desde que la expedición dirigida por Flores de Valdés zarpó desde España y llega al momento en que el Rey redimió al prisionero «de la cautividad de los infernales ministros del demonio que son los heréticos de Gascuña, en Francia».

Escapa al tema de este trabajo una más detallada referencia al notable contenido de esta relación, que contiene valiosísimos datos sobre los trabajos de España y sus hombres en la colonización de nuestros territorios australes. Digamos, tan solo, que en ella Sarmiento recuerda al Rey que, desde su prisión en Francia le suplicó que «se sirviese acordarse socorrer a aquellos sus leales y constantes vasallos y ciudades del dicho Estrecho». Más adelante, invocando la conciencia real, vuelve a requerir ayuda para quienes quedaron abandonados en las distantes regiones patagónicas, «suplicando con todo, por la sangre de Nuestro Señor Jesucristo, se acuerde de aquellos sus pobres vasallos»⁶⁷.

No hemos encontrado otras huellas documentales acerca de las actividades de Sarmiento en estos meses finales de 1590; pero, por referencias indirectas, se sabe que persistió en su proyecto de poblar y fortificar el Estrecho de Magallanes. La alusión que hace a las pérdidas humanas que entraña su proyecto desde el comienzo es muy decidida: asegura que, para contar con *cuatrocientos* soldados armados (esto es, doscientos para cada uno de los fuertes) sería necesario partir con *setecientos* hombres, porque «es de advertir que suceden enfermedades y muertes en los caminos tan largos como éste, máxime a los que no son acostumbrados a la mar ni a tratar tierras y aires nuevos». Aparte de ellos, dice requerir ciento cincuenta hombres más, para ocupar los dos principales lugares de detención de las naves en la Patagonia: el Cabo Blanco o de Buena Esperanza (en 47.º) y el Puerto de San Julián (en 49.º). Estos se complementarían con doscientos pobladores para poblar bien el Estrecho y con dos docenas de negros de Cabo Verde, del Brasil, o de Angola, que

servirían «para remar en el Estrecho, en las charrúas y barcones, y para otros servicios que no conviene que los españoles lo hagan, porque no se fatiguen y acaben, y porque nuestra reputación entre indios es necesario no disminuirla, antes conservarla, pudiendo hacerse»⁶⁸.

Es probable que ya para esos días Sarmiento se haya enterado de la trágica suerte de los pobladores que en 1584 quedaron en el Estrecho. Lo pensamos porque, al aludir a las necesidades de artillería en los fuertes que se propone construir, recuerda que dejó algunas piezas enterradas en el Estrecho y señala que «como se dice, el corsario Candi llevó cinco dellas». Este «Candi», que no es otro que Thomas Cavendish, fue quien recogió en el Estrecho a Tomé Hernández (uno de los pobladores dejados por Sarmiento), lo que dio motivo a que las autoridades españolas en América, a mediados de 1587, dieran por muertos a los otros sobrevivientes que el pirata inglés dejó abandonados en el Estrecho. Por lo demás, a fines de 1590 con certeza habrían llegado a España las declaraciones prestadas por el mismo Hernández en Chile en 1587, después de escaparse de las manos de Cavendish en Quintero, declaraciones que no arrojaban dudas acerca del destino de los pobladores⁶⁹.

No obstante, en una relación que debe ser de fines de 1590 o principios de 1591, Sarmiento alude nuevamente a la necesidad de aquella tierra del Estrecho, solicitando socorro y remedio para «aquellos buenos compañeros que, confiados en Vuestra Majestad, *esperan* el remedio que tanto les es debido».

En ese mismo documento, pide al Rey que le haga mercedes y honre su persona conforme a la real magnanimidad y largueza del monarca y trae a la memoria «la real palabra». («Palabra de rey no puede faltar», decían los viejos cuentos españoles trasladados a América...). Allí menciona Sarmiento sus servicios de treinta y cuatro años, agregando un párrafo que constituye casi una «hoja de servicios»:

«...el suplicante es bien nacido, de padres y mayores nobles que han vivido y muerto en su real servicio honrosa y loablemente, y de sus predecesores de Vuestra Majestad de gloriosa recordación, de que muchas historias domésticas y extranjerías están esmal-

⁶⁶ Memorial del canónigo Domingo de Esporrín a D. Juan de Idiáquez, con fecha en El Escorial, 4 de septiembre de 1590. (Archivo de Simancas, Doc. K. 1573).

⁶⁷ «Sumaria Relación...» («Viajes...», II, págs. 73-167).

⁶⁸ Memorial presentado a Felipe II por Sarmiento respecto de lo que convenía proveerse para la jornada de la población y fortificación del Estrecho de Magallanes; sin fecha. Por su contenido, el original —sin firma, pero de puño y letra del autor— debe de ser de fines de 1590 o principios de 1591. (Texto reproducido en «Viajes...», II, págs. 231-236).

⁶⁹ Documento publicado con el título «Tanteo de lo que parece se debería proveer para la fortificación y población del Estrecho». Sin fecha; pero probablemente de fines de 1590 o principios de 1591, según «Viajes...», II, donde se reproduce (págs. 236-241).

tadas en honor de la nación española. Y él, del tiempo dicho a esta parte, ha servido en mar y tierra, en paz y guerra, con letras y espada, en ocasiones y facciones gravísimas, con buenos sucesos y arriscados peligros, a Dios grandes gracias, honor y gloria, hasta el punto presente, con oficios, títulos y cargos los más honrosos de la milicia: de capitán, sargento mayor, alférez, general, mae-se de campo, gobernador y capitán general por Vuestra Majestad, en que siempre ha cumplido con su deber y le pesa de no haber servido más y mejor, no haciendo tanto estado de sus servicios, aunque hayan sido algunos, como de su fidelidad y voluntad de continuarlos con mayor, si más puede ser, poniendo su fianza en Dios»⁷⁰.

Probablemente algunos meses después, Sarmiento entrega otro memorial al Rey. Es como un postrer recordatorio de quienes quedaron en el Estrecho y de las gestiones que ha hecho en cerca de doce meses en procura de socorro a las poblaciones magallánicas. La primera parte de este memorial suena como un irónico recuento de las tramitaciones burocráticas que ha sufrido su proyecto de volver al Estrecho:

«Y Vuestra Majestad lo remitió a la Junta de Puerto Rico, donde los ministros della, con rara industria y diligencia, especularon con intervención de Pedro Sarmiento, todas las dificultades que les ofrecieron, de que Pedro Sarmiento satisfizo demostrativamente, facilitando el caso y expensas en gracia de todos. Y satisfechos, se resolvieron que convenía continuarse y socorrerse como a Vuestra Majestad estaba suplicado. La consulta de lo cual sometieron al Secretario Juan de Ibarra, para que la propusiese a Vuestra Majestad. Y el dicho Pedro Sarmiento por dos veces lo ha suplicado y acordado a Vuestra Majestad por medio de Juan de Herrera y de Juan Ruiz de Velasco, y asimismo solicitado el dicho Secretario Juan de Ibarra, el cual, cuando vino del Escorial, dijo a Pedro Sarmiento que Vuestra Majestad había admitido y remitido la resolución dello para el Pardo. Y andando Pedro Sarmiento solicitándolo cuidadosamente y esperando cada día lo que Vuestra Majestad en ello sería servido mandar, se le ha propuesto en el Consejo de Indias que sirva a Vuestra Majestad en otro ministerio en el interin».

⁷⁰ Esta «Relación» de Pedro Sarmiento, dirigida al Rey, no tiene fecha. Se le ha atribuido erróneamente la de 1581; pero debe haberse escrito alrededor de diez años más tarde y, en todo caso, después del regreso de Sarmiento desde su prisión en Mont-de-Marsan. (Texto en «Viajes...», II, págs. 249-251).

Allí se halla, además, su último ruego de que se conceda auxilio a los miserables pobladores del Estrecho:

«Por esto suplica a Vuestra Majestad, por la sangre de Nuestro Señor Jesucristo, se acuerde de aquellos sus tan leales y constantes vasallos, que por servir a Vuestra Majestad quisieron quedar en regiones tan remotas (espantables a todos los que se volvieron huyendo), confiados de la misericordia de Dios y de Vuestra Majestad, que los mandaría visitar y socorrer, como Pedro Sarmiento, en el real nombre de Vuestra Majestad, se lo prometió»⁷¹.

Sobre la presentación recae una providencia burocrática: «Llévese a [la Junta de] Puerto Rico». La fecha de ésta es 21 de noviembre de 1591.

¿Qué otras cosas hizo Sarmiento en este año que ha corrido desde que llegó a España?

De diversos antecedentes que hemos recogido resulta que tuvo a su cargo la tarea de censor de la tercera parte de las «Elegías de Varones Ilustres de Indias», aquella extensa obra poética que compuso Juan de Castellanos, inspirándose en «La araucana» de Ercilla⁷².

Se ignora si llegó a redactar una cesura; pero en el manuscrito —que se conserva en la Academia de la Historia en Madrid— quedó abundante huella del trabajo de Sarmiento. No sólo se contentó con poner apostillas cuando estimaba que el autor había cometido errores; llega a cambiar versos y a suprimir estrofas⁷³.

Por esa misma época en que oficiaba de censor literario, se publicó en Madrid una traducción

⁷¹ Memorial de Pedro Sarmiento al Rey, sin fecha («Viajes...», II, págs. 251-253). Pastells (op. cit., pág. 775) le atribuye la fecha 21 de noviembre de 1591, basándose en la fecha del sobrescrito.

⁷² Juan de Castellanos, *Elegías y Elogios de Varones Ilustres de Indias*. La Tercera Parte, cuya censura se habría confiado a Sarmiento, sólo vino a publicarse en 1850, sin el «Discurso del Capitán Drake», que formaba parte de ella en el original y fue suprimido por Sarmiento.

Como señala Isaac Pardo, (*Juan de Castellanos, Estudio de las Elegías de Varones Ilustres de Indias*. Imprenta Universitaria, Caracas, 1961), el propio Castellanos reconoció la influencias de Ercilla al expresar que había emprendido su versificación de la *Historia del Nuevo Reino de Granada* para dar gusto a sus amigos quienes «enamorados» (con justa razón) de la dulcedumbre del verso con que D. Alonso de Ercilla celebró las guerras de Chile, quisieron que las del Mar de Norte también se cantasen con la misma ligadura, que es en octavas rimas».

⁷³ En la aludida edición de las *Elegías* de Castellanos, que apareció en 1859, se han transcrito todas las apostillas, enmiendas y supresiones que Sarmiento hizo en el original de la Tercera Parte.

De mayor importancia es la supresión que Sarmiento hizo de todo el *Discurso del Capitán Drake*, trozo substancial de las *Elegías*, compuesto de más de seiscientas cincuenta octavas. Afortunadamente, se conservó otro texto de dicho Dis-

al español de los sonetos y canciones de Petrarca, obra de Enrique Garcés, portugués a quien Sarmiento había tratado en América. Entre los encomios poéticos que, al uso de la época, se hallan al comienzo del libro, hay cuatro breves composiciones de Sarmiento. En una de ellas, éste aporta dos indicaciones autobiográficas: se describe a sí mismo como «más descubridor que cortesano» y alude a su afición por el poeta Virgilio en sus años mozos. En esta composición se queja del paso de su vida y sugiere que sus dotes de poeta se malograron con otros trabajos. Dice:

«Mas ya me dieron jaque en este asiento
Marte y Neptuno, y otro impedimento
que es vejez, que madura lo temprano.
Dicen que no embotó lanza la pluma,
y si esto fue ya cuando, en cualquier gente,
en mí no veo al menos tal milagro:
Belona es a Minerva inconveniente.
No hay cosa que el desuso no consuma
que no produce sin cultura el agro»⁷⁴.

El intervalo literario va a concluir a fines de 1591.

En noviembre de ese año, Sarmiento presenta una petición para que se le paguen las sumas que le adeuda la Corona desde hace cerca de diez años, descontándose de ellas el rescate pagado a los franceses, asegurando que con lo que reciba podrá servir al Rey «con el lustre que suele y es necesario» y, asimismo, pagar algo de lo mucho que debe de lo que ha gastado en servicio del Rey. Aunque se limita a cobrar aquello que se le debe, cree necesario agregar una consideración moral: «...ésta tan gastado y adeudado —dice— que le es forzoso valerse dello, bien contra su voluntad, que si por otra vía lo pudiera suplir, no se acordara jamás dello para pedillo y suplicallo ni enfadar»⁷⁵.

En uno de los documentos antes transcritos, como se recordará, Sarmiento manifiesta que mientras andaba en sus gestiones para regresar al Estrecho, se le propuso en el Consejo de Indias que sirviera al Rey «en otro ministerio, en el in-

curso, que publicó el Instituto de Valencia de Don Juan, Madrid, en 1921.

⁷⁴ Enrique Garcés llegó a Lisboa a fines de 1589, después de pasar más de cuarenta años en América. En 1591 hizo imprimir en Madrid, «en casa de Guillermo Groy, impresor de libros», su traducción al castellano de los sonetos y canciones de Francisco Petrarca. Las cuatro composiciones de Sarmiento que allí aparecen son una «*gratulación*» y tres sonetos. Angel Rosenblat, en su *Nota preliminar* a la «Historia de los Incas», expresa que estas creaciones poéticas «no agregan nada» a la gloria de Sarmiento. Con harta menos bondad, en su *Historia de la poesía hispanoamericana* (Madrid, 1913), Don Marcelino Menéndez Pelayo las calificó como «bien infelices por ciertos».

⁷⁵ Memorial que en el sobrescrito lleva fecha 21 de noviembre de 1591. («*Viajes...*», II, pág. 253).

terín». No se señala allí cuál fue ese ofrecimiento; pero es fácil saberlo.

Felipe II había mandado aprestar una armada de galeones y navios fuertes que fueran a Indias a cargo de Juan de Uribe Apallúa, nombrando a éste Capitán General de la flota, con el objeto de que trajera bajo seguro el oro y plata que se juntare en Nombre de Dios, Cartagena y Veracruz y viniera el año siguiente «en compañía y conserva de las flotas de Tierra Firme y Nueva España». Según un documento cuyo original consultamos en Sevilla, el Rey resolvió asimismo designar Almirante de esa flota —esto es, segundo jefe de la misma— a Pedro Sarmiento de Gamboa. En la cédula correspondiente, suscrita en El Pardo, a fines de noviembre de 1591, el monarca expresa que acata la diligencia y experiencia de Sarmiento y alude a lo que éste le ha servido y espera que le sirva. Después de las cláusulas de rigor, le fija un salario de 1.500 ducados a contar de su fecha⁷⁶.

Es probable que muy poco tiempo después, Sarmiento haya abandonado Madrid, porque toda su correspondencia posterior, hasta la partida de la flota, aparece despachada desde el sur de

⁷⁶ Transcribimos la cédula real mediante la cual se nombró almirante a Pedro Sarmiento de Gamboa, que entendemos está inédita:

«Por cuanto yo he mandado aprestar una Armada de galeones y navios fuertes que vayan a las Indias a cargo de Juan de Uribe Apallúa, a quien he proveído por mi Capitán General della para que traiga con la seguridad que conviene todo el oro y plata mío y de particulares que se hubiere juntado para este efecto en Nombre de Dios y Cartagena y la Veracruz y venga el año que viene a estos Reynos en compañía y conserva de las flotas de Tierra Firme y Nueva España y porque conviene nombrar persona suficiente que sea Almirante de la dicha Armada, acatando la diligencia y experiencia en vos, Pedro Sarmiento de Gamboa, y lo que habéis servido y espero que lo haréis, os he elegido y nombrado para que seáis mi Almirante de la dicha Armada por el tiempo que durare este viaje.

«Y por la presente os doy poder y facultad para usar y ejercer el dicho cargo en los casos y cosas a él anexas y concernientes según y de la manera que lo ha hecho y pueden y deben hacer los otros mis Almirantes de mis Armadas de la carrera de las Indias guardando y cumpliendo las ordenanzas dellas y otras cualesquiera instrucciones y órdenes que se os dieren.

«Y mando a mi Presidente y Jueces Oficiales de la Casa de la Contratación de Sevilla y al dicho mi Capitán General y oficiales y capitanes de la dicha Armada y a la gente de mar y guerra que en ella fuere y viniere que os hayan y tengan por Almirante della. Y a los mis Virreyes del Perú y Nueva España y a las Audiencias reales de las Indias y a todos los Gobernadores, Consejos, Justicias, Regidores, Caballeros, Escuderos, Oficiales y hombres buenos de las ciudades, villas y lugares de las dichas Indias, islas y tierra firme del Mar Océano y destos mis reynos y señoríos y a cualesquier capitanes y gente de mar y guerra de navios súbditos míos y otras personas de cualquier calidad, preeminencia y dignidad que sean que os guarden y hagan guardar todas las honras, gracias, mercedes, franquezas, libertades, preeminencias y dignidades que por razón del dicho cargo debéis haber y gozar y os deben ser guardadas.

la Península: Cádiz, Sanlúcar de Barrameda o Bonanza⁷⁷.

Entramos, así, al período menos conocido de la vida de Sarmiento⁷⁸, acerca del cual hemos tenido la suerte de encontrar cuatro cartas. El original de una de ellas se conserva en el Archivo Nacional de Chile.

En la primera de esas cartas, enviada al Rey desde Sanlúcar de Barrameda, alude a una anterior desde Las Horcadas (islas interiores del Guadalquivir) y elogia al galeón «San Felipe» que irá

«Y es mi voluntad que hayáis y llevéis de salario en el dicho oficio a razón de 1.500 ducados de que habéis de comenzar y gozar desde el día de la fecha de esta nuestra cédula en adelante todo el tiempo que durare el dicho viaje, los cuales mando a los dichos mi Presidente y Jueces Oficiales de la Casa de la Contratación de la Ciudad de Sevilla que os los hagan dar y pagar del dinero del avería sin poner en ello excusa ni dificultad alguna.

Fecha en El Pardo a 30 de noviembre de 1591 años.

«Yo el Rey.

«Refrendada de Juan de Ibarra.

«Señalada de los del Consejo».

(Sacada de la copia que se conserva en Sevilla, A.G.I., Indiferente General 433, Libro 2, ff. 94 v-95).

Existe, asimismo, una cédula del Rey a Don Alonso de Bazán, Capitán General de la Armada en Lisboa, en que informa de esta designación como Almirante de Pedro Sarmiento, expresando que éste ha de ir con el general Juan de Uribe al Cabo de San Antón. (Landín Carrasco, *op. cit.*, pág. 286).

⁷⁷ El mismo 30 de noviembre en que se nombró almirante a Sarmiento, se instruyó a Juan de Uribe para que apresara quince galeones y fuera con ellos a buscar la plata de las Indias. (León Pinelo, *Indice General de los Registros del Consejo de Indias*, folio 284). Igualmente, el Rey escribió al Duque de Medina-Sidonia que, habiendo resuelto que a mediados de febrero de 1592 saliera una armada a cargo de Uribe Apallúa a Tierra Firme y Nueva España, encargaba al Duque que tomara con interés el despacho de esa armada. Se siguió una correspondencia entre el Duque y Juan de Ibarra, secretario del Rey, respecto al empleo de la flota de Uribe y su plan de viaje. El 27 de abril de 1592, según León Pinelo, el Consejo de Indias registró el hecho de que la armada de Uribe finalmente no había salido para Indias.

El 8 de mayo siguiente, el Duque de Medina-Sidonia enviaba al Rey un plan de viaje que debería seguir dicha armada; cuatro días más tarde, en el mencionado *Indice General* de Pinelo aparece el asiento de una orden a Uribe para que saliese con su armada a limpiar de corsarios las aguas del Cabo de San Vicente. (Tomamos estas referencias del *Indice Documental* que inserta Landín Carrasco en *op. cit.*, págs. 261-288).

Durante todo este período Sarmiento estuvo dedicado a sus labores de almirante, participando activamente en la preparación de la Armada. Es posible que, al final, él haya sabido que ya ésta no iría a Indias; pero algunos de los pasajeros que iban en ella no lo sabían aún después del zarpe. («...y adviérta Va. Sa. —escribirá Sarmiento el 10 de julio— «que en esta armada se embarcaron algunos, así de particulares como de otros con supuesto de haber de ir a Indias y como creen se les ha despintado andan flacos de voluntad...»).

⁷⁸ Como hemos señalado en precedentes notas, hasta ahora se ha sabido muy poco de este último período de la vida de Sarmiento de Gamboa. La mayor parte de sus biógrafos ha incurrido en errores o se ha contentado con la afirmación de Fernández de Navarrete. (*op. cit.*, pág. 40), en el sentido de que, con una carta de Sarmiento al Rey, fechada en Bonanza a 24 de abril de 1592 «concluyen las noticias que hasta ahora tenemos de él».

como nave capitana: «ya está aparejado y el artillería dentro —dice— que podría muy bien darse de puñadas con un monte»⁷⁹.

La segunda, enviada desde Bonanza, asimismo, a Felipe II, tiene fecha 15 de abril de 1592. Informa allí que sigue en ese puerto con nueve galeones y que al día siguiente partirá para Cádiz⁸⁰.

La tercera lleva fecha 24 del mismo mes y año y va dirigida a Juan de Ibarra, Secretario del Rey. Allí Sarmiento explica que el tiempo no les ha permitido salir de la barra y culpa de ello a los pilotos. Manifiesta: (Yo estoy comiéndome las manos para salir y caminar. Ya Dios nos guiará de manera que Él sepa)⁸¹.

En la última de estas comunicaciones anteriores al zarpe de la flota, escrita a 28 de mayo de 1592, informa que está concluyéndose el despacho de la Armada. Allí aparece la única descripción que se conoce de la composición de la flota de Juan de Uribe Apallúa:

«Van dieciséis bajeles, tres galeones de V. Md. y las demás naos fuertes escogidas y grandes medianamente artilladas y municionadas y el galeón San Felipe en todo punto admirable de grande, fuerte, artillado, proveído de gente y vituallas, que es capitana; pero va más metido que yo quisiera... 5 pataches pequeños, 2.500 hombres de guerra y 1.500 de mar».

Comunica, además, Sarmiento que ese día 28 empezó a salir la nave capitana y tuvo que regresar a la bahía de Cádiz; pero espera zarpar al día siguiente. Nuevamente encontramos en esa carta la voluntad de lucha y sacrificio de este hombre que, aunque frisaba los sesenta años —edad que entonces tenía un signo de ancianidad más decidor que hoy— persistía en ofrendar su persona al servicio del Rey:

«...deseo tanto ya el fin de esta jornada con felice suceso para continuar en esta o en otra al servicio de V. Md. Como la vida, mi resolución va pronta a ejecutar por mi parte lo que V. Md. me manda»⁸²

Después de tantas dilaciones, la Armada leva anclas el 29 de mayo. Lleva instrucciones de di-

⁷⁹ Carta de Sarmiento al Rey, escrita en Sanlúcar de Barrameda el 5 de abril de 1592. (Hay copia en MSS de Medina, Tomo 254, fols. 244-245. Allí aparece la antigua asignatura del documento en los archivos españoles: 143-3-21).

⁸⁰ Carta de Sarmiento al Rey, con fecha en Bonanza a 15 de abril de 1592. (Copia en Colección de Manuscritos de Medina, «Sala Medina», Biblioteca Nacional, Tomo 255, pág. 76).

⁸¹ Carta de Sarmiento a Juan de Ibarra, secretario del Rey, desde Bonanza, con fecha 24 de abril de 1592. (Archivo Nacional de Chile, Tomo 129).

⁸² Carta de Sarmiento a Felipe II, escrita en Cádiz el 28 de mayo de 1592. Copia en Colección MSS de Medina, Tomo 255, con antigua signatura 143-3-21).

rigirse a la región del Cabo San Vicente, para limpiar las costas de los corsarios que las recorren cometiendo depredaciones contra las naves españolas.

Amancio Landín Carrasco, marino e historiador español, que ha escrito una bien documentada biografía de Sarmiento, ha imaginado el momento del zarpe de la flota y los sentimientos de su Almirante:

«¡Infeliz Sarmiento! ¡Cuántas ilusiones nacieron de nuevo en sus ojos hundidos! Sobre cubierta, tragando el horizonte con ambiciosa mirada, y llenando el pecho de ese aliento salobre que la mar resopla en los meses de estío, más rígido que un palo macho, cabalgaba el almirante sobre las aguas mansas del Mar Océano. Parece como si el mayor empeño en los postreros años de su vida fuese asomarse por última vez a la mar y decir un adiós morriñoso a las olas que le vieron crecer y sufrir»⁸³.

Allá van naves, proa al poniente, lentamente costeano la península: Huelva, Lepe, Ayamonte, Tavira, Faro y el Cabo de San Vicente. En las cercanías de éste, el 6 de junio confiscan unos filibotes que transportan mercaderías para los rebeldes flamencos⁸⁴.

A fines de junio, Uribe Apallúa se ausenta de la flota, dejándola al mando de su almirante. A los sesenta años, Sarmiento, que tantas veces ha debido ceder el paso a otros, se encuentra convertido en supremo tutor de estos hombres y barcos; pero nos acercamos al final de su drama.

En la biografía que antes hemos mencionado, Landín Carrasco revela una referencia indirecta a los últimos días de Sarmiento. Se trata de un documento en el cual se informa que se nombró almirante a San Juan de Aguirre. La orden correspondiente lleva la firma de Don Alonso de Bazán, está fechada el 26 de julio de 1592 y alude a la muerte de Sarmiento. Dicho investigador encontró, además, otro documento mediante el cual se designa a un Juan Gutiérrez de Garibay para que a su vez sucediera a San Juan de Aguirre «a quien Dios fue servido llevarle desta presente vida sobre la Isla Tercera». En este último documento se dice:

«...al tiempo que esta armada de guardia de las Indias llegó del Andalucía a surgir a la boca de la barra de Lisboa...murió el almirante Pedro Sarmiento de Gamboa, que por

ausencia del general Juan de Uribe la traía a su cargo...»⁸⁵.

Con estos antecedentes, Landín pudo situar la muerte del navegante en «un buen día de julio»; pero no logró llegar más lejos en la precisión cronológica o en las circunstancias de su defunción⁸⁶.

Hemos tenido la buena fortuna de encontrar dos documentos complementarios que permiten precisar más esta etapa de la vida de Sarmiento.

En efecto, descubrimos en Simancas la que probablemente sea la última carta escrita por Pedro Sarmiento a bordo del galeón «San Felipe»: lleva fecha 10 de julio de 1592, está despachada desde el mar frente a las costas portuguesas y va dirigida a Don Alonso de Bazán, Capitán General de la Armada.

En esa carta, Sarmiento comienza por acusar recibo de una de Don Alonso y agrega que desde que Juan de Uribe partió de la flota, hace diez días, ha tenido siempre vientos contrarios que no le han permitido proejar. Después de dar cuenta general del estado de las cosas, expresa que va forcejeando para surgir en Cascais, como se le ha ordenado; pero que si no logra hacerlo, tratará de tomar tierra en la Valiera, al sur del Cabo de Espichel o, por último, se dirigirá al Cabo de Sagres.

Cerca del final, Sarmiento formula una denuncia:

«Ya será tres días que se huyeron desta conserva dos pataches del servicio desta armada. Creo habrán ido a Lagos so pretexto que hacían agua y se llevaron algún bizcocho, carneros y gallinas del Rey y de Juan de Uribe. Será necesario que Va. Sa. haga diligencia que se envíe recado del Serenísimo Príncipe-Cardenal al gobernador de Lagos y Castellano de Sagres que prenda a los Capitanes y maestros y pongan recado en los marineros y soldados y municiones dellos. Los pataches se nombran uno «La Margarita»...y el otro se llama «Matolín».

El amanuense ha fechado ya la carta; pero antes de firmarla, el Almirante agrega de su puño y letra:

«Aquí tiene Va. Sa. un servidor más que es Don Francisco Sarmiento de Sotomayor, sobrino de Don García Sarmiento, mayor-domo de la Emperatriz, mi primo. Está en la plaza de alférez real esperando que V. Sa. le mande en qué le sirva y espera servirse del. Y así suplico a V. Sa. le reciba por tal

⁸³ Landín Carrasco, *op. cit.*, pág. 211.

⁸⁴ Creemos innecesario referir con mayor detalle la ruta de la flota. Con algunos errores de impresión aparece en Huguette y P. Chaunu, *Seville et l'Atlantique* (Tomo III, pág. 497); hemos hecho la corrección de la fecha 6 de junio que citamos, sobre la base del informe correspondiente, que encontramos en el Archivo de Simancas, G.A. Legajo 353.

⁸⁵ Título de nombramiento de Gutiérrez de Garibay como almirante, suscrito por D. Alonso de Bazán, Capitán General de la Armada. A.G.I., Contratación, Legajo 3.264 A. (Texto transcrito en Landín Carrasco, *op. cit.*, págs. 259-260).

⁸⁶ Landín Carrasco, *op. cit.*, pág. 211.

juntamente con el tío, pues siendo una cosa ha de ser el servicio que a V. Sa. se hiciera de nuestra parte por un nivel».

Hecha esta recomendación familiar, el almirante suscribe la carta con un nombre completo y aquella su clásica rúbrica ovalada que lo encierra como una cápsula⁸⁷.

Casi veinte años antes, en una carta desde Potosí, que ha permanecido inédita, Sarmiento había escrito al Rey que mientras Dios y Su Majestad no se le desviaren, no pensaba «desistir deste propósito que tengo a descubrir en tiempo de V. Md. todo este mar austral y sus navegaciones más secretas y dificultosas que las pasadas, que es a lo que mi genio se inclina, según ya otra vez escribí a V. Md.»⁸⁸.

Ahora, en la que sería su carta postrera, informaba de un robo de carneros y gallinas y se despedía con la cortesana recomendación en favor de un sobrino...

El tiempo y las circunstancias, unidos a «aquel otro impedimento que es vejez», al cual aludía en su soneto a Enrique Garcés, habían concluido por tronchar las ambiciones de su juventud.

Esta carta de Sarmiento llegó a manos de Don Alonso de Bazán el 12 de julio de 1592. Seis días más tarde, Don Alonso escribía a Felipe II, desde Cascais:

«Ahora acabo de entender que el Almirante Pedro Sarmiento de Gamboa, que lo era de Juan de Uribe, murió en Lisboa, donde le habían llevado tres días ha, muy enfermo»⁸⁹.

La muerte de Sarmiento debió tener lugar pues entre el 15 y el 18 de julio de 1592; probablemente el día 17, atendida la corta distancia que separa Lisboa de Cascais.

Nada más he podido encontrar sobre los últimos días del infortunado navegante. En los pocos libros de parroquias que se conservan en la «Torre do Tombo» de Lisboa, no encontré anotada la defunción del Almirante. Tampoco ha aparecido un testamento suyo, si es que lo hubo.

Hace diez años, guiado por una información de segunda mano llegué entre polvo y piedras a una antigua iglesia de Sanlúcar de Barrameda, buscando la sepultura del Almirante. Resulto en

vano⁹⁰. Desde entonces, no he cesado de perseguir, en archivos y bibliotecas, las huellas de su sombra.

Comprendo que esta rebusca es de aquellos que, a comienzos del siglo XVII, Fray Prudencio de Sandoval, cronista de Su Majestad en Castilla, describía como «el trabajoso oficio que es desenterrar muertos y querer acertar»⁹¹. No obstante, no creo que constituya un trabajo perdido: la historia es una gran maestra y sólo los necios la desoyen.

He narrado los últimos años de un hombre extraordinario que, a pesar de sus infortunios, logró proyectar su triste figura hasta nuestros días gracias a su pluma incansable.

En el primer plano ha aparecido el fragmento final de la vida de un español marcado por la

⁹⁰ Nos referimos a la frase «Su cadáver está enterrado en Sanlúcar de Barrameda en la Iglesia del Santuario de Nuestra Señora de la Caridad», que escribió Don Manuel de Mendiburu en su *Diccionario Histórico-Biográfico del Perú* (Tomo VII, Lima, 1887, pág. 254). En alguna parte leímos que, a su vez, el señor Mendiburu había sacado esta información del libro *Viaje de España, Francia e Italia*, escrito (o a lo menos publicado, si se acepta la aseveración de Medina, *Diccionario Biográfico Colonial de Chile*, pág. 225), por Don Nicolás de la Cruz y Bahamonde; pero por haber compuesto estas notas en el extranjero y apartado de nuestros apuntes especiales sobre este punto, no hemos podido insertar aquí la correspondiente referencia. Sea lo que fuere, a fines de abril de 1967, fuimos a Sanlúcar para visitar el Santuario de Nuestra Señora de la Caridad. Después de algunas preguntas llegamos a él; pero comprobamos que el edificio había sido remozado y que no estaban visibles las tumbas antiguas que hubieran podido guardar los restos de Sarmiento de Gamboa. Indagando sobre el particular, nos enteramos de que el Santuario se fundó cerca de medio siglo después de la muerte del navegante, lo que hacía improbable que sus restos se hubieran sepultado allí, en el evento de que se hubieran traído a España desde Lisboa. A más de lo anterior, descubrimos que el santuario había sido fundado por un Pedro Ribera de Sarmiento, lo que nos indujo a pensar que allí estaba la raíz de una cadena de errores. Bien pudo haber afirmado el señor De la Cruz que en dicho santuario estaba enterrado un Pedro Sarmiento, o creer, incluso que una losa de la iglesia cubría los restos mortales del infortunado Gobernador de las Provincias del Estrecho de Magallanes; pero las dos circunstancias que hemos señalado — fecha de la fundación del santuario y nombre de su fundador — terminaron por convencernos de que se trataba, en este caso, de una pista falsa. Rosa Arciniega concluía su obra sobre Sarmiento de Gamboa, después de citar la frase del señor Mendiburu que hemos recordado anteriormente, con la siguiente pregunta:

«¿No le estaría reservado a algún paciente hurgador de losas,

sepulcros e inscripciones hallar cualquier día, en ese santuario

que aún existe, la osamenta de nuestro héroe?».

Creemos que esa pista debe descartarse. En todo caso al redactar esta nota hemos deseado evitar que otro investigador, sin saberlo, vuelva a interesarse en ella. Para nosotros sigue en plena vigencia el interrogante que, asimismo, formulaba Rosa Arciniega en ese libro (pág. 229): *¿Adónde fue a reposar el magro cuerpo de Pedro Sarmiento de Gamboa?*

⁹¹ Prudencio de Sandoval. *Antigüedad de la ciudad, y iglesia Cathedral de Tuy, y de los Obispos que se sabe aya avido en ella*. (Braga, 1610), pág. 5. (Edición facsimilar, hecha por Ediciones El Abir, Barcelona, 1974).

⁸⁷ Carta de Sarmiento a Don Alonso de Bazán, Capitán General de la Armada, fecha en el galeón «San Felipe», a 10 de julio de 1592. (Archivo de Simancas, G. A., legajo 354).

⁸⁸ Carta de Sarmiento al Rey, fecha en Potosí a 31 de marzo de 1573. (Copia en MSS Medina, Tomo 373).

⁸⁹ Carta «al Rey Nuestro señor» de Don Alonso de Bazán, fecha en Cascais a 18 de julio de 1592. (Archivo de Simancas, G. A., Legajo 354).

mala suerte y lleno de fe en Dios, que ansió siempre servir a su Patria y a su Rey: le vemos como aquel personaje de Anouilh que, emplazado a ser consecuente, asevera que, más que ser lógico, importa cumplir absurdamente con el deber...Al mismo tiempo, por el escenario han desfilado prisioneros y sacrificios, descubrimientos y pirate-rías, ofrecimientos de traición y actuaciones que exceden los marcos regionales para situarse al ni-

vel de causas supranacionales. Habéis oído de torturas, rehenes y rescates; de olvido de servicios hechos al Estado y del abandono de humildes servidores cuando las prioridades indicaban otras decisiones.

Traiciones...torturas...canje de prisioneros...rescates... Los hombres del siglo XX ¿no tendremos algo que aprender del siglo XVI?